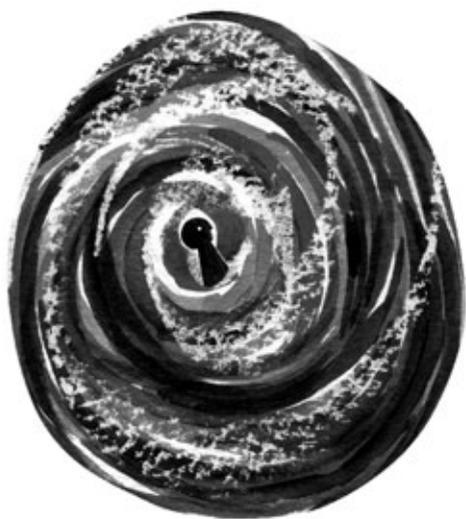


# La mancha de la raza

Carta a un niño rumano

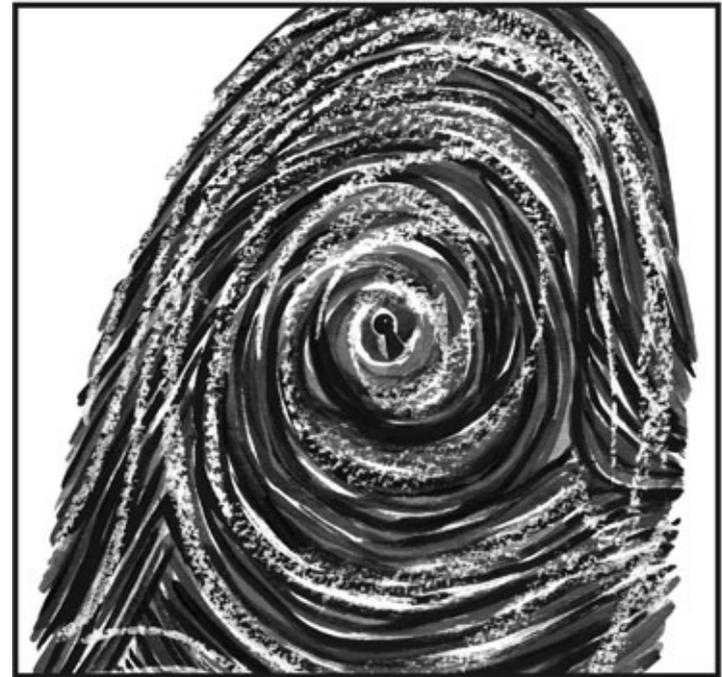


# La mancha de la raza

Carta a un niño rumano

---

Marco Aime



cambalach  inmigración

## Índice

|                               |    |
|-------------------------------|----|
| Prólogo .....                 | 7  |
| Prefacio .....                | 11 |
| El dedo sucio de Dragan ..... | 13 |

1ª edición original  
*La macchia della razza. Storie di  
ordinaria discriminazione*, elèuthera  
editrice, Milano, 2013.

---

1ª edición Octubre 2014

**Edita:** cambalache  
C/ Martínez Vigil, 30, bajo. 33010 Oviedo. Tfno.: 985 20 22 92  
e-mail: [cambalache@localcambalache.org](mailto:cambalache@localcambalache.org)  
[www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

---

Autor: Marco Aime

Traducción: Raquel Bermúdez, Ana Finat Sáez y Juan J. González Corredera

Diseño y maquetación: Amelia Celaya

Fotomecánica: Fotomecánica Principado

Impresión: La Cooperativa

Depósito Legal: AS-00931-2014  
ISBN: 978-84-939633-6-1  
*Impreso en papel reciclado*

---

Todos nuestros libros están editados bajo licencia copyleft; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos creemos que el interés de la publicación de libros es difundir sus contenidos, servir de herramientas educativas y de debate; por eso todos los libros que publicamos se pueden descargar gratuitamente en [www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

## *Prólogo*

En un estante del local de nuestro colectivo, una carpeta guarda cientos de dibujos. Los han ido pintando un puñado de niñas y niños que, durante varios años, se arrimaban muchas tardes a preguntar si podían coger unos folios reciclados y el estuche de las pinturas y, así, ponerse a dibujar en cualquier rincón del local. A veces venían por separado. Pintaban a solas, sigilosamente, y traían solícitamente el resultado en busca de aprobación. Otras veces irrumpían en grupo, y en bastantes de esas ocasiones la algarabía que se montaba –difícil de compatibilizar con otras actividades del local–, provocaba que terminasen en la calle. Los dibujos eran sustituidos entonces por juegos en la acera, o en el sucedáneo de plaza que hay al dar vuelta a la esquina. Pero, a pesar del enfado que provocaban sus tumultos, no tardaban en volver a entrar en el local a pedir hojas y pinturas. De vez en cuando revisaban con orgullo la carpeta con todos los dibujos.

Ahora estos niños y niñas ya no vienen. Han dejado de vivir en el portal de al lado. Probablemente sus familias tuvieron que abandonar –tras varios meses sin pagar el alquiler– los pisos donde estaban instaladas. En aquella época, también los adultos –generalmente las madres–, entraban en el local para que les echáramos una mano en cubrir las matrículas es-

colares; o para que les tradujéramos el contenido de una carta certificada.

Las familias hacían vida en las aceras, ocupaban la calle de una forma que estaba siendo olvidada en la ciudad. La abuela, en su silla, a veces mendigando, otras contando historias o, simplemente, observando el panorama. Decía que quería dinero para irse a morir a Rumanía. Por la tarde acompañaban a la abuela algunas de sus hijas y sobrinas. Las niñas y niños pululaban alrededor con sus juegos y peleas. Y, al anochecer, interrumpían la diversión para acompañar a sus madres en la tarea de rebuscar en las basuras, a la pesca de cualquier cosa aprovechable.

Ahora estos niños y niñas ya no vienen. Hay quienes se han vuelto a su país de origen. Pero la mayoría no están lejos. Sólo han cambiado de barrio. Aún nos encontramos, en el *rastró* que se celebra los domingos por la mañana en el parque del Campillín de Oviedo, con Dani, Larisa y Gabriela —las gemelas—, Christian, Marinela... Cualquiera de ellas podría ser Dragan, el niño al que se dirige Marco Aime en este libro en forma de carta. Dragan es, también, un gitano rumano. Así se les llama.

A Dani, a Larisa, a Gabriela, a Christian, a Marinela, les podríamos contar cosas parecidas a las que Marco, desde Italia, cuenta a Dragan. Podríamos contarles que, en otra época, eran millones las personas que, procedentes del Estado español, emigraban a América u otros países de Europa. Podríamos hablarles de esa falta de memoria sobre la emigración, de esa desmemoria que facilita la instalación del racismo aquí y ahora. Podríamos hablarles —como hace Marco con Dragan— de la historia del fascismo en Europa, en Italia, en España, del exterminio basado en la *raza*. Podríamos nombrarles el racismo de Estado que, hoy en día, a través de las políticas migratorias, de la *tolerancia cero*, del *civismo*, somete a la población migrante y la presenta como *enemigo interno*, como fuente de inseguridades y peligros.

No les resultarán extrañas estas palabras a los niños y niñas a las que las dirigimos. Sus cuerpos ya están marcados por la experiencia de la miseria, de los controles racistas de identidad, de los dedos manchados en tinta.

*Eduardo Romero*

## *Prefacio*

Una carta en forma de balance. Un grito desesperado ante la estupidez, la mala fe, la banalidad del mal, la hipocresía del lenguaje. El balance de una generación, mi generación, que asiste al retorno de viejos demonios –esta vez globalizados– con nuevas máscaras y oropeles.

Pero es también un acto saludable de desintoxicación, una llamada a considerar el peso de las palabras, a despojarse de las cautelos y de los temores que dificultan nuestra visión del mundo.

Me esfuerzo por comprender cómo es posible que el magnífico texto de Marco Aime, a pesar de su fuerza corrosiva, no me parezca irremediabilmente pesimista. Probablemente porque, a pesar de su carácter despiadado, o precisamente por ello, no pierde la esperanza de hacerse entender. Pone contra las cuerdas las artimañas de lo políticamente correcto, pero haciendo uso de algunas citas, de algunas alusiones, hace entrever la posibilidad, débil aunque siempre presente, de otra mirada y de otras palabras.

Este manifiesto dejará huella porque, a fin de cuentas, no se presenta tanto como el balance de nuestras derrotas y de nuestras debilidades, sino como una primera reflexión indispensable para reconquistar un pensamiento verdaderamente libre.

*Marc Augé*

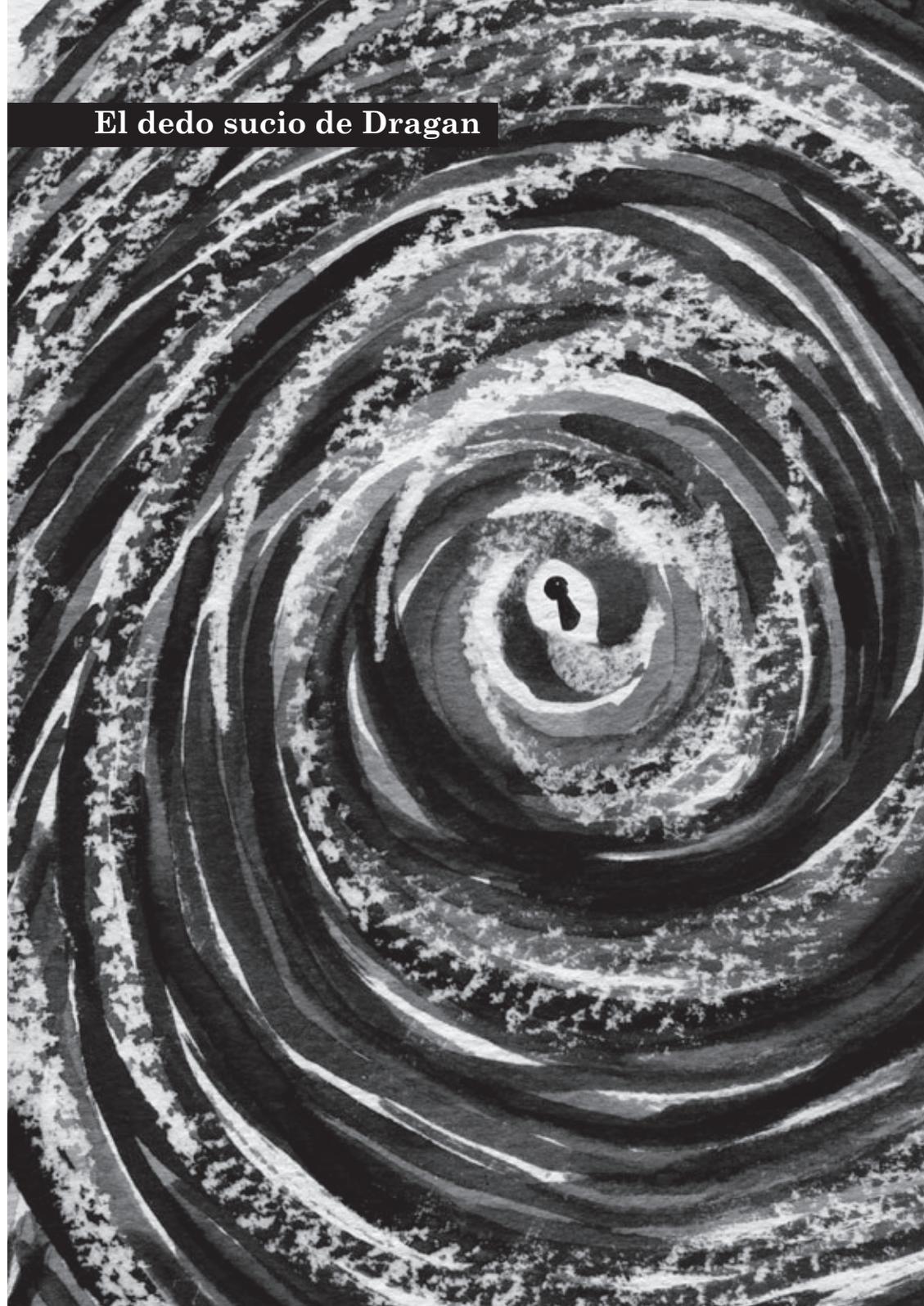
### *Nota de la traducción*

---

Al abordar el trabajo en equipo que ha dado como resultado esta traducción, nos encontramos con el problema de la utilización del masculino como genérico en el texto original: *hombre, padre, antepasado*, etc. Aunque los textos que emanan de nuestro colectivo tienen presente –y por eso procuran evitar– la carga patriarcal del lenguaje, en este caso, al tratarse de una traducción, hemos optado por ceñirnos al original.

Todas las notas al pie, excepto una que es del autor –y como tal aparece indicada–, son notas de la traducción.

El dedo sucio de Dragan



*Alguno era comunista porque, con este impulso, cada uno era como... más que uno mismo. Era como... dos personas en una. Por un lado, el trabajo diario de cada uno y, por otro, el sentido de pertenencia a una raza que quería alzar el vuelo para cambiar realmente la vida.*

*No. Nada de lamentaciones. Puede que muchos abrieran las alas sin estar preparados para volar... como gaviotas imaginarias.*

*¿Y ahora? También ahora nos sentimos como partidos en dos. Por un lado, el hombre integrado que atraviesa servilmente la miseria de su supervivencia cotidiana y, por otro, la gaviota ya sin la intención de volar siquiera, porque el sueño se le ha desvanecido.*

*Dos miserias en un solo cuerpo.*

*Giorgio Gaber, *Qualcuno era comunista**

*Una época entiende mal a otra,*

*y una época mezquina entiende mal a todas las demás en su propia y fea manera.*

*Ludwig Wittgenstein, *Aforismos* [487]*

Sé que no lo entiendes, Dragan. No puedes entenderlo. Te miras el dedito negro y no consigues explicarte por qué y qué significa esa mancha en el folio. Habría sido bonito si fuera un juego. Cuántas veces te habrás ensuciado las manos con tinta, por casualidad o porque te divertía. Pero esta vez no ha tenido nada de divertido. Aunque esos policías intentaban sonreír, no te parecía estar jugando. Sonreían, tal vez ellos también tienen hijos o tal vez lo entienden, pero no basta. No basta, Dragan.

No puedes entenderlo y, créeme, también para nosotros es difícil comprender cómo y en qué nos hemos convertido. Vacíos, marchitos, privados de cualquier conciencia, «hombres huecos,

hombres rellenos, voces secas y sin sentido, como viento sobre hierba seca, contornos sin forma, sombras sin color, fuerza paralizada, gesto sin movimiento».<sup>1</sup> Así cantaba el poeta de la *Tierra baldía*, devastada, descompuesta. Cabezas de paja, atravesadas por el viento polvoriento del momento. Cabezas rapadas, por dentro y por fuera.

Una vez, Dragan, se decía de nosotros los italianos que éramos desorganizados, chapuceros, imprecisos, ruidosos, un poco alborotadores, pero simpáticos. Ahora no. Ya ni siquiera somos simpáticos. Hemos perdido toda ironía, aquella carcajada granuja a lo Alberto Sordi<sup>2</sup>, que borraba, o más bien ocultaba, nuestras faltas. Que nos hacía más tolerables a los ojos de los demás y hacía nuestra vida más soportable. Tal vez haya terminado realmente aquella «mutación antropológica» que Pier Paolo Pasolini supo leer en los pliegues de la modernidad. De esta modernidad. De la que intentó ponernos en guardia.

Sin embargo, siempre nos hemos considerado «buena gente». Nos lo han repetido, nos lo hemos repetido durante años, Dragan. Tampoco muchos, a decir verdad. Comenzamos a pensar así cuando acabó la guerra. Tal vez para hacer menos insoportable el recuerdo de haber compartido con el nazismo un ideal descabellado de desigualdad y de muerte. Para olvidar que hicimos la guerra a una gente que no tenía nada contra nosotros. Por haber exaltado el mito de la raza y haber escrito y aceptado leyes que discriminaron y asesinaron en su nombre.

Poco a poco nos hemos ido convenciendo de que no éramos como los otros. Nosotros éramos buenos, Dragan. Cuando ocupamos el Líbano, Somalia, Etiopía, fue para hacer el bien. No como los ingleses y los franceses que colonizaron África y Asia

---

<sup>1</sup> Versos pertenecientes al poema «Los hombres huecos», publicado por T. S. Eliot en 1925.

<sup>2</sup> Alberto Sordi (1920-2000), actor, director y guionista italiano.

sólo para explotar y depredar. Nosotros íbamos a construir carreteras, escuelas, a instruir, a civilizar.

Nos lo han ocultado todo, Dragan, quien sabía no habló. Al que habló lo mandaron callar, en una esquina, como a un traidor. En los libros que estudiamos en la escuela hay poco espacio, casi nada, dedicado a las masacres que nosotros, buena gente, perpetramos en aquellas tierras, cuando buscábamos un sitio al sol.

Ningún individuo, ningún pueblo puede soportar creerse malo por mucho tiempo.

Te cuento un episodio. Una tarde de hace unos años en Mantua, una escritora sudafricana presentó su libro. En él se hablaba de reconciliación, del final del *apartheid*. Del público surgieron preguntas sobre política, sobre historia. A continuación, una vocecilla, una mujer menuda: «Soy madre» dijo, «como usted, y soy israelita. Nuestros países tienen muchas cosas en común. Me pregunto todos los días, y le pregunto a usted, ¿cómo hace por las noches para explicarle a sus hijos que somos nosotros los malos, que nosotros somos el mal?». Silencio. No se hizo ningún otro comentario intelectual sobre el papel de la literatura, ninguna proclamación política optimista. Silencio, Dragan, silencio.

Thomas Eliot tenía razón al decir que «la naturaleza humana no puede soportar demasiada realidad». Tenemos que fingir que somos diferentes de lo que somos, olvidar, Dragan, olvidar. Y mentir.

Olvidar significa perder el rastro del pasado, no llevar encima ningún signo, no escuchar más las voces de aquellos que nos precedieron. No sentir el peso del trabajo y del cansancio de nuestros abuelos. No soportar las arrugas de la historia. Apoyamos los pies sobre los frutos de aquellos trabajos, pero alzamos los ojos al cielo para no verlos.

Olvidar significa perder nuestra historia y la historia de todos los que son como nosotros. Mirarse en un espejo y no ver nada detrás de nuestra imagen. Nada. Sólo una oscuridad tenebrosa y

penetrante, que absorbe cualquier otra cosa que no forme parte del momento, del presente. Nos hemos vuelto así de planos, sin profundidad, sutiles láminas de luz en un espejo.

Olvidar también significa no tener nada por delante. Todo concluye en el espejo, que devuelve lo que ve. No hay futuro. El futuro es una transformación del pasado, a mejor o a peor, pero es un cambio. A veces es una ruptura, un viraje en seco, pero para cambiar tiene que haber un punto de referencia. Tengo que saber qué quiero cambiar para decidir *cómo* hacerlo.

Olvidar significa hacerse cada vez más sutil, hasta convertirse en un velo inútil. Y ya es triste, pero mentir, Dragan, mentir es aún peor. Significa colorear el fondo negro del arcoíris, pintarlo de lo que nos gustaría ser. Maquillarnos la cara, igual que se hace con el ordenador, borrar los defectos, inventarse una historia, un rostro, llamar a las cosas por el nombre de otras diferentes. Dar transcendencia a lo que no la tiene.

Sí, Dragan, todos queremos ser buenos, y para serlo mentimos dos veces. La primera, cuando decimos ser lo que no somos. La segunda, cuando decimos que los otros son lo que no son. Porque, para parecernos buenos a nosotros mismos, necesitamos a los malos. Son los buenos los que deciden quién es malo y son los más fuertes los que se consideran buenos, sólo porque pueden decidir quién no lo es.

Nosotros, los buenos, buena gente, necesitamos vernos reflejados en los ojos de los malvados. Y tú, Dragan, eres uno de ellos. Te necesitamos. Igual que los griegos necesitaban a los bárbaros para sentirse civilizados. «Esos hombres eran, ciertamente, una solución», escribió Constantino Kavafis.

No importa si al fin y al cabo sólo eres un niño de once años que vive en una caravana, que va a la escuela, puede que no siempre, pero va. Eres una solución, Dragan.

*La historia nos enseña que el pan casi nunca va hacia los pobres y los pobres casi siempre van hacia el pan.*

Enzo Bianchi, *Ero staniero e mi avete ospitato*

¿Será que construimos ordenadores cada vez con más memoria para compensar nuestra pérdida de recuerdos? Hacemos museos etnográficos para preservar el pasado pero, más allá de los objetos, ¿qué es lo que conservamos en realidad?

Somos animales extraños, Dragan: dedicamos un montón de tiempo a aprender algo, nos cuesta tanto esfuerzo y luego, al poco, lo olvidamos. «Sin embargo, nosotros también conocíamos el olor del mar, la amarga despedida» canta mi amigo Gianmaria Testa, «y una lengua por desaprender, y otra por aprender deprisa».

Cuántos del Véneto se fueron a Brasil, Argentina, Libia, en busca de trabajo. A Alemania a hacer helados y más tarde a Turín y a Milán a las fábricas, a las minas del Valle de Aosta. Aquí en Turín los llamaban «*terroni*»<sup>3</sup> del Norte». Buena gente, gente pobre que no podía imaginar el *boom* del noreste. Gente que había estado sumergida en las aguas fangosas de un río, que lo había perdido todo y que partió. Tenía que existir en alguna parte un lugar mejor. Tal vez algunos lo encontraron, otros no. Algunos volvieron, otros se quedaron atrapados en la telaraña de salarios demasiado bajos como para comprar el billete de vuelta. Pero lo intentaron. Fue duro, a veces durísimo, un infierno. ¿Y ahora?

---

<sup>3</sup> *Terroni*: expresión peyorativa para nombrar a quienes proceden del Sur de Italia. En castellano, *destripaterrones*, hombre toscos o cazurros.

El espejo se ha empañado, Dragan. Quien se mira en él ya no ve al hijo del emigrante, las arrugas de la pobreza, el polvo del desprecio, la herida del racismo. Olvidados. Se mira en el espejo, complacido, con la cara bien afeitada, limpia, bronceada, y hace todo lo posible para no mirar alrededor y verse obligado a recordar. Porque la gente como tú, Dragan, nos obliga a recordar cómo éramos.

¿Cuántos del Piamonte, del Véneto, de Lombardía descendieron por sus amados senderos pedregosos y vendieron su única vaca por un billete de esperanza? De aquellos mismos valles donde ahora resuena el eco de gritos hostiles, llenos de odio hacia aquellos que se ven obligados a descender sus senderos en busca del mismo pan. «¡Amos en nuestra casa!», «¡No a la horda!».

«Cuando la memoria va en busca de ramas secas, vuelve con el haz de leña que prefiere», recita un proverbio africano. La gente como tú, Dragan, nos obliga a recordar quiénes somos. Nos obliga a ver lo que preferiríamos ignorar o querríamos considerar diferente, mejor. Por el simple hecho de existir entre nosotros, nos obligas a revelar quiénes creemos que somos. También la memoria es una víctima inocente de la relación de fuerzas.

Sin embargo tú, Dragan, aquellos como tú, aquellos a los que han manchado el dedo de negro, sois de la misma estirpe que esos emigrantes nuestros que enfrentaban el mundo para buscar un lugar donde vivir.

Sois de la misma estirpe que aquellos italianos que se fueron a Kalgoorlie, Australia, a rascar oro en las minas a cielo abierto. No les caían simpáticos a los australianos y además eran amigos de los eslavos, que también se buscaban el pan allí. Eslavos, Dragan, amigos. Por eso les pegaron, los mataron, destruyeron sus casas, era 1934.

De la estirpe de aquellos doscientos sesenta y dos mineros muertos en Marcinelle, un día de agosto de 1956, asfixiados no por el calor del sol, sino por el gas de una mina. La mitad eran italianos.

De la misma estirpe que Yanguin y Fodé, que tenían catorce y quince años cuando vinieron de Guinea. Su muerte, encerrados en el tren de aterrizaje de un avión que tendría que haberles transportado a Europa, ocupó pocas líneas en los periódicos de principios de agosto de 1999. Seguramente ni siquiera se habría hablado de ellos si no hubiese sido por la carta que llevaban consigo. Una carta que era una bofetada en la cara, pero que desapareció deprisa, en la canícula estival, sobre las pieles pringosas de crema bronceadora.

*Excelencias, señores miembros y responsables de Europa, tenemos el honor, el placer y una gran confianza para escribir esta carta y hablaros del objetivo de nuestro viaje y del sufrimiento de los niños y jóvenes de África. Para nosotros, en África, sois aquellos a quienes pedir ayuda. Os suplicamos por amor a vuestro continente, en nombre de los sentimientos que abrigáis por vuestro pueblo y, sobre todo, por el amor que tenéis por vuestros hijos, a los que amáis más que a nada. Además, por el amor de Dios nuestro creador omnipotente que os ha dado todas las buenas experiencias, riquezas y poder para construir y organizar bien vuestro continente y hacer que sea el más bello y admirable de todos. Señores miembros y responsables de Europa, por vuestra solidaridad y gentileza, os pedimos que ayudéis a África. Ayudadnos, en África sufrimos mucho, tenemos muchos problemas y estamos privados de derechos. Hay guerras, enfermedades, hambre, etc. En cuanto a los derechos de los niños, en África y sobre todo en Guinea, tenemos muchas escuelas pero una gran carencia de instrucción y educación. Salvo en las escuelas privadas, en las que se puede tener una buena educación, pero hacen falta grandes sumas de dinero. Sin embargo, nuestros padres son pobres y tienen que darnos de comer. Además, tampoco tenemos centros deportivos donde poder practicar fútbol,*

*ni baloncesto o tenis. Por eso, nosotros los niños y jóvenes de África, os pedimos que organicéis África de forma eficaz para que podamos progresar. Así que, si veis que nos sacrificamos y ponemos en peligro nuestras vidas es porque en África se sufre demasiado y tenemos que luchar contra la pobreza y poner fin a las guerras. Finalmente, os rogamos que nos perdonéis por osar escribiros esta carta a Vosotros, grandes personajes por los que sentimos tanto respeto. No os olvidéis de que es a vosotros a quienes necesitamos quejarnos de nuestra falta de fuerza en África.*

Yaguine Koita y Fodé Touunkara

Habían escrito: «En caso de que muramos, entregar a los señores miembros y responsables de Europa». Murieron.

De la misma estirpe que los seis millones de hebreos exterminados por mentes enloquecidas. Masacrados al lado de aquellos como tú, gitanos, gente que contaminaba la raza. Hacía calor el 2 de agosto de 1944 en Auschwitz. Más calor de lo normal. El humo de quinientos muertos caldeaba el ambiente estival. De los tuyos, Dragan, de los tuyos. Medio millón alimentaron aquella columna de humo.

De la misma estirpe que Samba, asesinado en Rimini por cuatro delincuentes al tratar de defender a un panadero al que le estaban destrozando la panadería. Samba era senegalés y por una vez los periódicos tuvieron que escribir el nombre de un inmigrante como la víctima, pero «estaba en regla, tenía permiso de residencia», se apresuraron a decir. Si no lo hubiese estado, habría sido un atenuante para los cuatro delincuentes.

De la misma estirpe que los quince millones de africanos que emigraron a la fuerza, deportados lejos de su tierra. «De la cala oigo subir las maldiciones encadenadas, el estertor de los moribundos, el ruido de uno que arrojan al mar... los gemidos de una

mujer parturienta... el rasgar de las uñas que buscan los cuellos... las risas y burlas del látigo, el revolverse de los gusanos en la lasitud...».<sup>4</sup> Palabras frustradas, palabras de Aimé Césaire.

Sin embargo, ha habido un momento, Dragan, en el que parecía que aquellos como tú nos conmovían. Era 1999 y estábamos en guerra con la ex Yugoslavia. En guerra, sí, también mentimos sobre esto, Dragan. Somos unos cobardes, no tuvimos el coraje de llamarlo por su verdadero nombre, lo llamamos «operación humanitaria», hablamos de «efectos colaterales», personas muertas comparadas con una diarrea, hablamos de «cero muertos», claro que ese cero vale sólo para la primera columna, la nuestra.

Era diciembre, y a quienes ponían en tela de juicio la decisión de bombardear las ciudades, un importante exponente de la izquierda les replicaba: «vosotros no habéis visto nunca los ojos de un niño kosovar». Y parecía realmente conmovido. A quienes preguntaban por qué intervenir allí y no también en las decenas de países en los que se violan los derechos humanos de forma regular, respondía: «Por algún sitio hay que empezar». Pero en aquel sitio se dio por terminado.

En algún lugar hay que estar, es cierto, pero cuando no se tiene el coraje de ser justo, sucede que todos los sitios están ocupados, y como decía Brecht, acabas sentándote en el lugar equivocado.

No lo volví a ver cuando había que mirar a los ojos de niños chechenos. Ni a los ojos de niños kurdos, ni a los de niños sudaneses, iraquíes, argelinos, ni a los de... ¿Cuántos niños siguen esperando que alguien les mire a los ojos? Nadie se ha conmovido, ni se conmovió al mirarlos.

Reapareció dos años más tarde, después del 11 de septiembre, siempre el mismo, el de los niños kosovares y sus ojos. Esta vez hablaba de los muertos americanos: «No podemos recordar otros

<sup>4</sup>Fragmento de *Retorno al país natal*, de Aimé Césaire.

muertos, estamos ante una tragedia». ¿No lo estábamos ante los niños iraquíes, muertos por el bloqueo? ¿Ante los argelinos asesinados por terroristas? No lo estábamos ante los monjes birmanos asesinados por generales. «No se puede hablar de otros muertos, ahora que los muertos son estos», continuaba. En su momento, nadie había hablado de ninguno de esos otros muertos.

Lo siento, querido Totò<sup>5</sup>, te equivocaste. No es cierto que la muerte nos ponga a todos al mismo nivel. No. Cada semana caen setenta, ochenta, cien torres gemelas llenas de niños. De hambre, comidos por los virus, masacrados por las minas. El 27 de enero es el «día de la memoria», memoria del dolor, del Holocausto. Más adelante seguramente habrá un día en recuerdo del dolor de los gitanos como tú, Dragan, asesinados en los mismos campos nazis, o de los millones de africanos deportados o de los...

No, ese día no llegará. Y menos para recordar a los miles de indios asesinados, de armenios exterminados, de aborígenes australianos, de kurdos... No tenemos tiempo para recordarlos a todos. No tenemos tiempo, Totò. Ni siquiera muertos somos iguales. Hay quienes son más *muertos* que otros.

---

<sup>5</sup> Totò, nombre artístico de Antonio de Curtis (1898-1967), actor, letrista, poeta y comediante italiano.

*Os lo pedimos expresamente, ino encontréis  
natural lo que ocurre siempre!  
Que nada se llame natural  
en esta época de confusión sangrienta,  
de desorden ordenado, de planificado capricho  
y de Humanidad deshumanizada, para que nada pueda  
considerarse inmutable.*

Bertolt Brecht, *La excepción y la regla*

«Verona para los veroneses», «Amos en nuestra casa», «Primero el Norte». Tierra y sangre, estos son los nuevos valores. Y dinero. Algún alcalde ha llegado a decir que sólo aquellos que superen un cierto nivel de ingresos pueden residir en la ciudad que él administra. Arthur Rimbaud escribía: «Hay siempre, al fin, cuando se tiene hambre y sed, alguien que llega y os echa de allí».

Tierra y sangre, Dragan. Presumimos de haber inventado la democracia. Hemos hecho de ella una mercancía de exportación. Democracia: bonita palabra, de sonido acreditado, tiene el sabor de las cosas buenas, como el perfume del pan o la blancura de la leche. Competimos para ser más democráticos que los otros. Nos hemos envuelto con el estandarte de la democracia, la hemos enarbolado, hasta reducirla a un eslogan casi vacío, marca de fábrica de un taller que ha cambiado de trabajadores, de producción y de modo de producir.

Democracia significa saber aceptar la diversidad, acogerla en el fuero interno, discutir con el otro, reconocerlo. En una democracia todos los valores son igualmente legítimos, siempre que no perjudiquen los derechos de los otros. Tienen que serlo. Una verdadera democracia no puede estar atravesada por un pensamiento único, tiene que convivir con sus múltiples identidades,

saber gestionarlas. Tiene que rendirse a la lenta y tormentosa práctica de la discusión para construir una verdadera forma de convivencia. «Democracia y verdad absoluta, democracia y dogma son incompatibles»<sup>6</sup> ha escrito con palabras claras Gustavo Zagrebelsky. Hay que saber practicar el difícil arte de la duda.

Es pesada la democracia, la de verdad, Dragan. Es mucho más fácil aceptar el eslogan de exportación, la marca publicitaria que exalta la belleza y la conveniencia del producto. El mejor, el único posible. Helo aquí, el único posible. La mirada se estrecha, como hace por la mirilla de nuestra puerta, hasta recortar un pequeño fragmento de vida. Es cierto, puede verse el mundo a través de un granito de arena y es bonito hacerlo, es poético. No lo es, sin embargo, si piensas que ese granito es el mundo. El único posible. Y que ese mundo es nuestro.

Tierra y sangre, Dragan, y raíces. Nos hemos reducido a plantas, condenadas a permanecer aferradas a un terreno, a ese terreno que les da la vida. No obstante, tenemos pies, Dragan, pies, no raíces, y lo sabemos. ¿Lo sabrán los fanáticos de las tradiciones que quieren vernos a todos como árboles? Además, un árbol tiene flores y frutos y hojas, que se renuevan cada año. Puede suceder que un día la tierra de la que nos saciamos se seque, se vuelva corteza inútil. ¿Tenemos entonces que morir en el sitio? ¿Acaso lo hicimos cuando fue nuestra tierra la que se secó?

Tierra y sangre. Ya no basta con nacer para existir, hay que tener un pasaporte, un sello, una ciudadanía. No es cierto que existan los derechos humanos. Tienes o no derechos, no porque eres un ser humano, sino porque que eres un ciudadano, porque tienes un pasaporte. Hemos transformado el *nacimiento* en *nación*. Cuando ocurre un desastre aéreo o cualquier tipo de catástrofe en la que se cuentan decenas, centenares de muertos, nuestros medios de comunicación se dan prisa en subrayar:

«ningún italiano». Un alivio, los otros muertos cuentan menos, sólo son seres humanos, extranjeros.

Tú no lo sabes, Dragan, pero el verbo que usamos cuando se concede a un extranjero la nacionalidad italiana es naturalizar, Dragan, *naturalizar*, volver natural. Como si fuese la naturaleza la que nos dota de una ciudadanía. Como si estuviese garantizada. Fingimos que todo esto es natural. He aquí otra mentira. Hemos tejido telarañas de fronteras y nosotros mismos nos hemos quedado enredados. Incapaces de liberarnos, de pensar de otro modo.

La gente como tú, los inmigrantes, los extranjeros, los refugiados, se vuelven inquietantes, porque reveláis la ficción, rompéis la continuidad entre hombre y ciudadano, entre *nacimiento* y *nacionalidad*. «No pertenezco a ninguna nacionalidad prevista por las cancillerías», escribía Aimé Césaire. Hablaba de esclavitud.

Tierra y sangre. Plantas que se nutren de los jugos que absorben del subsuelo, nos agarramos con las raíces a esa tierra que hemos decidido que es nuestra. «Tratemos bien la tierra en la que vivimos: no es un regalo de nuestros padres, sino un préstamo de nuestros hijos». Hay sabiduría en este proverbio masai. La tierra es sólo un préstamo, estaba antes que nosotros, seguirá estando después. «Se nace, se muere, la tierra crece», cantan los pigmeos de la selva. Sin embargo, la idea de propiedad se ha abierto camino entre nosotros, ha condicionado de un modo tan fuerte nuestras mentes, que no conseguimos siquiera imaginar que existan bienes comunes, colectivos. Todo debe pertenecer a alguien y ese alguien no siempre concede su uso. Pisotear el suelo sagrado se convierte en pecado, a menos que tengas la sangre adecuada.

¡*Clandestino!* He aquí la nueva marca de la infamia, Dragan. La nueva letra escarlata, cosida a la vida de quien es culpable no sólo de no haber nacido aquí, sino de no tener el sello de la autoridad. Una falta que cada vez se hace más grave, y que poco a poco nos va encerrando en nuestros propios recintos. Ser atro-

<sup>6</sup> En «Decálogo contra la apatía política», de Gustavo Zagrebelsky.

pellado por un extranjero duele más que serlo por un italiano. El delito es más grave si lo comete el otro: la autoctonía es un atenuante, la clandestinidad una falta, hasta convertirse en delito en sí misma.

*Porto il nome di tutti i battesimi,  
ogni nome il sigillo di un lasciapassare,  
per un guado una terra una nuvola un canto,  
un diamante nascosto nel pane  
per un solo dolcissimo umore del sangue,  
per la stessa ragione del viaggio, viaggiare.*<sup>7</sup>

¡Qué hermosas palabras dedicó Fabrizio De André<sup>8</sup> a aquellos como tú, Dragan! Pero los que mandan no aman la poesía, no aman a los nómadas, ni tampoco a los pobres. Creen «tener la palabra de Dios en su boca».

No basta con vivir para existir, hace falta un documento que diga quién eres. Un sello que confirme que estás vivo, aquí, ahora.

«Los papeles son importantes, lo son todo... para saber quién eres...» recitaba un personaje de Giorgio Gaber. «Mire, sin ofender, tengo cuatro bolsas, me echo encima de ellas a dormir. Ya sabe cómo es esto... en la confusión todos intentan quitarte los papeles. Dejas ahí tu partida de nacimiento y... no la vuelves a ver más. Estás jodido. Es difícil rehacer una vida... sin haber nacido».

Adbul Guibre, asesinado en Milán el 15 de septiembre de 2008 por haber robado un paquete de galletas, era de Burkina Faso, «pero con ciudadanía italiana», subrayaron de forma

---

<sup>7</sup> *Llevo el nombre de todos los bautismos, cada nombre el sello de un salvoconducto, por un vado una tierra una nube un canto, un diamante escondido en el pan, por un sólo dulce temperamento de la sangre, por la misma razón del viaje, viajar.*

<sup>8</sup> Fabrizio De André (1940-1999), cantautor italiano.

obsesiva los medios después de su muerte. También de Tong Hong-shen, el joven chino agredido por un grupo de matones romanos, la prensa se apresuró a escribir que «estaba en regla y con el permiso de residencia». Como queriendo decir: entonces es de verdad una víctima.

¿Por qué, Dragan, por qué? Puedes morir sin tu nombre escrito en un papel, pero no puedes vivir. No, Dragan, no eres una persona si no tienes ese papel. No han sido tu madre y tu padre los que te han dado la vida, es este documento el que hace que seas alguien. Por eso te han manchado el dedo de negro, te lo han apretado sobre aquel folio. Has dejado de ser una nulidad, esa mancha negra sobre el folio es la señal de que el Estado sabe quién eres, que puede controlarte, localizarte, echarte.

Ahora existes, Dragan.

*Todas la sociedades producen extranjeros,  
pero cada tipo de sociedad produce su propio tipo de extranjeros  
y los produce a su propio e inimitable modo.*

*Zygmunt Bauman, Entrevista sobre la identidad*

¿Quién sabe si Bauman pensaba en el célebre íncipit tolstiano de Ana Karenina? Es cierto, todos creemos que el extranjero es aquel que atraviesa las fronteras trazadas por nosotros, que no se adapta a nuestro orden mental, a nuestra moral, a nuestra estética, que con su sola presencia torna opaco lo que debiera ser transparente.

Un extranjero con su rostro, su lengua, su forma de vestir, de rezar, es una pregunta. Una pregunta que no podemos eludir. ¿Qué queremos hacer de él o con él? ¿Le quitamos la palabra, lo ignoramos o lo consideramos un enemigo?

Todas las tierras han sido recorridas por extranjeros, Dragan, desde siempre, y todos nosotros, al menos una vez en la vida, hemos sido extranjeros. Lo entiendo, puede haber desconfianza en un rostro extraño, diferente, en el sonido desconocido que sale de su boca. Lo entiendo, quizá no podamos soportar demasiada diversidad, pero hubo un tiempo en que al extranjero que llegaba se le daba de comer. «Era extranjero y me habéis hospedado», dijo Jesús. Algunos lo hacían. Lo hacen los nómadas de todo el mundo. En Tombuctú, Dragan, en todos los corrales, al lado de la puerta de entrada, hay un recipiente lleno de agua. Cualquiera puede entrar y beber. Recuerdo que las niñas de las montañas de Pakistán venían a nuestro encuentro ofreciéndonos albaricoques recién cogidos. Todas las veces que he entrado en una vivienda en África me han traído de comer

y de beber. Y era extranjero. En África se habla del huésped como «mi extranjero». Se enorgullecen de hospedarlo.

Todos trazamos una línea donde termina nuestro mundo, en el que hemos crecido, si hemos tenido la suerte de poder hacerlo. Cuando en realidad esa línea no nos ha sido impuesta por nadie, transformándonos nosotros mismos en extranjeros y marginados. Necesitamos puertas, cerraduras, muros, recintos. Pero un recinto, sin dejar de serlo, también tiene que tener aperturas.

Se habla de ciudades multiétnicas, se dice que son peligrosas, que deben limpiarse. Como si las migraciones fuesen una cosa de hoy en día, una novedad. ¿Qué era la antigua Roma? ¿Y Jerusalén? ¿Y Bizancio, Venecia, Tombuctú, Pekín? Somos ridículos, Dragan, y ni siquiera nos damos cuenta.

Nuestro mundo, como el mundo de los otros, ha sido siempre atravesado por alguien que venía de fuera, al que llamábamos extranjero. Traía novedades, puede que inquietara un poco, pero se podía hablar con él, intercambiar bienes e ideas. No es que todo fuera de color de rosa, claro que no, pero un extranjero no suponía necesariamente una amenaza.

¿Y ahora? Nosotros, buena gente, que hemos sido extranjeros en todo el mundo, hemos transformado a los otros, a todos los otros, en un peligro. Para sentirnos buenos, para no mirar lo que tenemos dentro. «Para deshacernos del sentimiento devastador de nuestra indignidad, esperando así sentirnos mejor», escribe Bauman. Y por miedo. Un miedo alimentado del cinismo de ciertos políticos y de la mezquindad de otros, del sometimiento al poder de la información, de su morbosidad, de su ignorancia.

Las ciudades de las que habla la televisión parecen metrópolis enloquecidas, *far west* urbanos recorridos por bandas de criminales, calles invadidas por drogadictos, ladrones, asesinos, maníacos. Y por lo que dice la gente, Dragan, todos ellos son extranjeros. Antes esto era el paraíso, ahora, con todos estos extranjeros... se oye decir.

Yo vivo en Turín, Dragan, desde hace ya cincuenta años. Desde que era un chaval solía pasear por la calle de San Salvatore. Desde siempre se veía, bajo los soportales de la calle Nizza, por las aceras de la calle Galliari, de la calle Berthollet, de la calle Ormea, pasear a travestidos con la barba mal disimulada con maquillaje, viejas prostitutas, traficantes, estafadores de todo tipo. Era un mundo al margen de la legalidad, todos lo sabíamos. Como un mal que había que aceptar, un precio a pagar por vivir en una gran ciudad. Los zapatos estrechos que debes soportar para ser elegante. Después, esa humanidad ha cambiado de rostro, se ha hecho marroquí, tunecina, eslava, negra. Y es como que todo hubiera empezado en aquel momento. Como si lo que había antes bajo aquellos pórticos fuesen bares de lujo, locales *chic*, gente a la moda.

Vemos a las prostitutas negras, no a los clientes blancos. Vemos a los traficantes extranjeros, no a los compradores autóctonos.

Y luego están los titulares, escritos o hablados, siempre los mismos: la nacionalidad sustituye al individuo, el lenguaje se vuelve impersonal, cargado de estereotipos y eslóganes adecuados para construir una forma de pensar y para utilizar en los debates televisivos. «Rumano viola a una mujer... albanés conduce borracho... marroquí atropella a dos niños...». La rabia popular, que surge de cada episodio de violencia, viene canalizada por el túnel de la etnicidad. Y la ecuación se simplifica: todos los rumanos son violadores, los albaneses violentos, los marroquíes alcohólicos, y así sucesivamente.

Lo mismo pasaba en los años sesenta, cuando en los periódicos del Norte se leía: «siciliano desvalija un apartamento, calabrés sorprendido en pleno robo...». Con una diferencia, Dragan, la política, en aquella época, no explotaba la procedencia de los delincuentes para hacer campaña electoral. Los calabreses, sicilianos, sardos, votaban. Los marroquíes, albaneses, rumanos, senegaleses, no.

El eslogan «tolerancia cero» se ha convertido en el tormento electoral de los últimos años, abanderado por la Liga Norte<sup>9</sup>, apoyado por la derecha, aceptado –mirando para otro lado o con cómplice indiferencia– por el resto de partidos.

Habían pasado pocos días de la victoria electoral de la derecha, el 30 de abril de 2008, cuando cinco jóvenes veroneses golpearon salvajemente y mataron sin motivo alguno a Nicola Tommasoli, de veintinueve años. Frecuentaban y simpatizaban con movimientos filonazis, pero «la política no tiene nada que ver con esto», se apresuraron a decir las autoridades locales. Aquel grupo ya había sido protagonista de muchas otras palizas similares. No era la primera vez: provocaban a jóvenes de pelo largo, gente de «izquierdas», gente distinta de ellos, sucia escoria que hay que eliminar, pero el alcalde Tosi<sup>10</sup> subrayó al instante que era «un episodio entre mil». Siempre dicen que se trata de episodios aislados. También una guerra se compone de muchos homicidios aislados.

La Curia veronesa declaró que los muchachos «no querían matar a nadie». Puede que sea un atenuante a nivel jurídico, sin duda no lo es a nivel moral, y la Iglesia, creo, debería ocuparse de este último ámbito, no de los procedimientos legales.

Nadie ha invocado la «tolerancia cero», Dragan, los políticos han soltado la típica retahíla del «despreciamos, condenamos...», frases hechas para la ocasión, vacías de cualquier contenido emocional o político. Toda tentativa de profundizar en las causas ha sido sepultada con rápidas simplificaciones del tipo «no se trata de un homicidio político, la política no tiene nada que ver», y así sucesivamente. Somos indulgentes y tolerantes muy por encima del cero con nosotros mismos. Y falsos.

---

<sup>9</sup> *Lega Nord*, partido ultranacionalista y xenofobo de la derecha italiana.

<sup>10</sup> Flavio Tosi, alcalde de Verona desde mayo de 2007 y vicesecretario de la Liga Norte desde junio de 2013.

«Hay etnias y poblaciones más predispuestas al trabajo y otras menos, y también con una mayor o menor predisposición a delinquir». Son palabras de Roberto Calderoli<sup>11</sup>, Dragan. Las dijo el día después de que Gaetano Calicchio, un treintañero milanés, violara y dejara embarazada a una niña marroquí de trece años. El hombre tenía antecedentes por pederastia y había sido visto varias veces rondando los alrededores de la escuela de la víctima. La madre de la muchacha ha tenido coraje y fuerza para denunciar el hecho. Mucho coraje. No lo tuvieron las familias de otras dos muchachas que habían sufrido igual violencia del mismo hombre.

Silencio ensordecedor de las instituciones locales, prácticamente ninguno de los principales exponentes del gobierno ha encontrado una sola palabra que decir. ¿Si los roles se invirtieran hubiese habido el mismo silencio? ¿Si el perpetrador del crimen hubiese sido extranjero y la víctima italiana?

Lorena Cultraro tenía catorce años cuando fue asesinada en Niscemi en abril de 2008. La misma edad que sus tres asesinos, que la violaron, la mataron y la tiraron a un pozo. Ellos también eran de Niscemi.

Maníaco padano viola a una menor marroquí.

Matar y violar forma parte del carácter de los adolescentes sicilianos.

Los jóvenes veroneses son delincuentes por cultura.

Las parejas de Erba son propensas a asesinar a sus vecinos.

Nunca se han visto ni oído titulares de este tipo. Mentimos, Dragan.

---

<sup>11</sup> Roberto Calderoli es coordinador de la secretaría nacional de la Liga Norte. Ha sido reelecto por tercera vez vicepresidente del senado de la República Italiana. Fue ministro de la Simplificación Normativa en el IV gobierno de Berlusconi.

A Abdul Guibre lo mataron a palos por robar un paquete de galletas. Padre e hijo lo persiguieron gritando «ladrón, negro de mierda», pero no fue un homicidio racista, ha afirmado el fiscal. «No tiene nada que ver con el racismo ni con el color de la piel», corroboró el primer ministro Silvio Berlusconi.

«No hay que alarmarse, el racismo en Italia no está en nuestro ADN», ha repetido más de una vez Roberto Maroni<sup>12</sup>. ¿Se da usted cuenta, señor Maroni, que el racismo está presente en sus palabras? El ADN determinaría nuestra actitud «no racista», del mismo modo que otro ADN haría que ciertas etnias fuesen propensas a delinquir, como dijo su colega. No es fácil ser racista negando serlo. Usted lo ha logrado, señor ministro. Y lo confirmó al día siguiente, cuando en Nettuno tres delincuentes prendieron fuego a Navetj Singh Sidhu, que dormía en la estación. Así porque sí, porque se aburrían. Todo lo que usted ha conseguido decir es que hay que ser más hostiles con los clandestinos. Más hostiles, Dragan.

«¡Basta ya de invasión de los *Piel-olivácea!*», decía el titular de un periódico de Melbourne en 1925. Se refería a aquellos italianos «demasiado pequeños y demasiado oscuros de piel», quienes, según el entonces primer ministro australiano Alfred Deakin, podían «contaminar la pureza de la raza blanca llamada a gobernar Australia». Puede que también entonces alguien se apresurara a decir que no se trataba de racismo.

Muchos de aquellos italianos, que «se amontonan como animales y son un vivero de enfermedades físicas y sociales», eran del Véneto, como Giancarlo Gentilini, teniente de alcalde de Treviso, que quería disfrazar de conejo a los inmigrantes para después dispararles con la escopeta, y temía que su «raza

Piave<sup>13</sup>» acabara aguada por los inmigrantes, «gente a la que en su casa los perseguían gacelas y leones».

Odiamos las matemáticas y no llegamos nunca a dominarlas, pero acabamos por reducir la vida a una ecuación. La vida de los otros, Dragan. La simplificamos para hacer la nuestra más sencilla. Preferimos el eslogan fácil, lanzado sin más, al esfuerzo diario de pensar, al agotador trabajo de comprender. La ecuación, mejor dicho, la equivalencia: rumanos-ladrones, gitanos-secuestradores de niños, islamistas-terroristas, se vuelve norma, ley natural. Una aritmética racial que nos ayuda a sentirnos mejor que esos números en los que hemos convertido a las personas. Una matemática ignorante en la que todo se mezcla, religión, etnia, cultura, ciudadanía... Se oye decir: «un hombre de etnia peruana». Como si Perú no fuera un Estado sino una tribu. ¿Has oído decir alguna vez: «una joven de etnia piamontesa mata a su madre y a su hermano en Novi Ligure»?

Acusamos a los otros, aquellos perseguidos por gacelas y leones, de ser «tribales». ¿Y nosotros? Hemos llegado a la *etnización* del crimen, al tribalismo jurídico: en junio de 2008 el Tribunal de Casación<sup>14</sup> decretó que no era delito discriminar a los gitanos rumanos, dado que «los gitanos roban». Por lo tanto, es legítimo discriminar a la gente de Tortona «porque tiran piedras desde los puentes» o a las madres de Cogne «porque matan a sus hijos».

Y sin embargo, nosotros, italianos, nos indignamos cuando hace unos años en la portada de un semanario alemán salía un plato de espaguetis con una pistola encima. «¡No es cierto que todos los italianos seamos mafiosos!», fue el grito que se alzó en las ciudades. Nos indignamos cuando el 14 de marzo de 2007 el tribunal alemán de Buckeburg dictó una sentencia en la que a

---

<sup>12</sup> Roberto Maroni, presidente de la región de Lombardía desde marzo de 2013, secretario federal de la Liga Norte de julio de 2012 a diciembre de 2013. Fue ministro del Interior en los gobiernos I y IV de Berlusconi y ministro de Trabajo en los gobiernos II y III.

---

<sup>13</sup> Piave, río de la región del Véneto.

<sup>14</sup> Equivalente al Tribunal Supremo.

un joven sardo que había pegado, violado y maltratado a su exnovia, se le concedían atenuantes porque se tenían que tener en cuenta las particulares huellas culturales y étnicas del imputado. «Es sardo», decía la sentencia, «se considera que los roles del hombre y de la mujer existentes en su patria obviamente no pueden valer de excusa, pero deben ser tenidos en consideración como atenuante».

Trazando continuamente fronteras, puede suceder que se acabe del otro lado. Lo han estado ya muchas veces nuestros abuelos, obligados a emigrar y a sufrir la vergüenza y el desprecio, pero lo hemos olvidado, Dragan. Siempre olvidamos lo que nos molesta.

*You've thrown the worst fear  
That can ever be hurled,  
Fear to bring children  
Into the world.  
For threatening my baby,  
Unborn and unnamed,  
You ain't worth the blood  
That runs in your veins.*

Bob Dylan, *Masters of War*

«Generalmente son de baja estatura y de piel oscura. No les gusta el agua, muchos de ellos huelen mal porque llevan la misma ropa durante semanas. Se construyen chabolas de madera y aluminio en las periferias de las ciudades en las que viven, cerca los unos de los otros. Cuando consiguen aproximarse al centro alquilan apartamentos ruinosos a precios muy altos. Normalmente se presentan de dos en dos y buscan una habitación con derecho a cocina. En pocos días pasan a ser cuatro, luego seis, diez.

Entre ellos hablan lenguas incomprensibles, probablemente antiguos dialectos. Muchas veces utilizan a los niños para pedir limosna, pero a menudo, delante de las iglesias, mujeres vestidas de oscuro y hombres casi siempre ancianos inspiran lástima, en tonos quejumbrosos o petulantes. Tienen muchos hijos, que a duras penas pueden mantener, y están muy unidos entre sí.

Se dice que se dedican a pequeños hurtos y que son violentos si encuentran resistencia. Nuestras mujeres los evitan no sólo porque son poco atractivos y rudos sino porque se ha extendido el rumor de que acechan a las mujeres en las calles periféricas para asaltarlas y violarlas cuando vuelven del trabajo.

Nuestros gobernantes han abierto demasiado las fronteras, pero sobre todo no han sabido seleccionar entre los que vienen a nuestro país a trabajar y los que vienen a vivir del cuento o, incluso, de actividades criminales».

No, Dragan, no hablan de vosotros, ni de los rumanos, ni siquiera de los albaneses. Son palabras sacadas de un informe de la Inspección de inmigración del Congreso americano. Es de octubre de 1912 y habla de los italianos. El informe continua así:

«Propongo que se privilegie a vénetos y lombardos, les cuesta comprender las cosas y son unos ignorantes, pero están más dispuestos a trabajar que otros. Se adaptan, con tal de que las familias permanezcan unidas, a viviendas que los americanos rechazan, y no cuestionan el salario. El resto, aquellos a los que se hace referencia en buena parte de este primer informe, proviene del Sur de Italia. Os invito a controlar los documentos de procedencia y repatriar al mayor número posible. Nuestra seguridad debe ser lo primordial».

Antes éramos nosotros los que molestábamos, ahora sois vosotros los que fastidiáis y, según nos dicen, dais miedo. El fastidio es una cosa, el miedo, otra. El fastidio se puede soportar, se puede gruñir, gritar, quejarse, pero se sigue adelante. Nos acostumbramos, Dragan, los seres humanos se acostumbran a todo, si quieren. Al miedo no. Éste se mete en el estómago, te estrangula, no lo controlas, te vuelve malo. He aquí lo que nos han hecho, nos han inculcado el miedo. Un miedo que no sabemos de dónde viene, y eso nos asusta todavía más. Hace tiempo eran los enemigos, los tiranos, los que daban miedo, pero eran amenazas visibles, se conocía su rostro, su nombre. Ahora esos nombres y esos rostros se han sustituido por categorías informes: los inmigrantes, los extracomunitarios, los extranjeros. El miedo ya no tiene un responsable, es confuso, igual que lo son las respuestas.

Dicen que lo hacen por tu bien, Dragan, para evitar que se aprovechen de ti, pero en realidad son ellos los que sacan provecho. Para generar miedo, para convencernos de que los

necesitamos, a ellos y a sus métodos. El miedo es un negocio, un negocio político para el que sabe vender un antídoto hecho a base de palabras vacías, frases genéricas, medidas impracticables. Hay un mercado del miedo.

Antes erais feos y sucios, ahora también sois malvados. El miedo se ha mediatizado, amplificado, vuelto intangible, para vendernos esa mercancía política y mediática a la que llaman *seguridad*. Porque cuando la gente tiene miedo se la controla mejor, se le puede imponer cualquier cosa en nombre de la seguridad. Poco importa si las causas son complejas, siempre se pueden proponer soluciones fáciles y falsas. Eslóganes.

Así podemos dormir tranquilos. Ahora sabemos que lo que amenaza nuestra existencia no es la precariedad laboral, ni la banca que incentiva la compra de acciones de empresas en quiebra, ni siquiera las multinacionales que hacen cárteles para alzar los precios, ni las guerras que alimentamos por el mundo. Quien nos promete la seguridad no nos dice que el miedo, el malestar, nacen de un capitalismo salvaje, de la falta de reglas, de una actividad financiera feroz. No lo dicen y no queremos verlo. La verdadera amenaza son los limpiacristales, los vagabundos y las prostitutas, ellos son los verdaderos «criminales»: los extranjeros.

«La seguridad no es de izquierdas ni de derechas», repiten una y otra vez todos los políticos, indistintamente. Quizá, pero las soluciones sí. El uso del miedo para hacer política no es de izquierdas ni de derechas, es tan sólo retorcido y canalla. Incluso la izquierda ha abdicado en su vocación de defender a los más débiles, a los más pobres, y ha hecho suya esa vaga y abstracta noción tomada del vocabulario de la derecha: seguridad. De este modo, hoy en día, la política de la seguridad le ha quitado el sitio a las políticas sociales.

«Tenemos derecho a vivir seguros en nuestra propia casa», vocean muchos. La única cosa de la que estamos seguros a día de hoy es de que Nicola y Abdul fueron asesinados. Otros apaleados, insultados, maltratados.

¿Cuántos son los muertos en carretera por exceso de velocidad? Ninguno de ellos a manos de un limpiacristales. Nunca he oído hablar de reducir la velocidad de los coches. Hay muertos por cáncer de pulmón, pero vendemos tabaco. Se muere de alcoholismo, pero nadie impide la venta de bebidas alcohólicas. ¿Existe una organización criminal? Es justo combatirla: combátámosla. Hay limpiacristales agresivos: persigámoslos. Los delincuentes, sin importar su procedencia, son castigados según el Código Penal. No se necesitan leyes especiales. Además, ¿por qué un gobierno que se demuestra incapaz de aplicar las leyes normales podría ser capaz de hacer respetar leyes especiales?

Los mendigos y los limpiacristales molestan porque chocan con nuestro sentido de la estética. Así, alcaldes y asesores compiten para alejar a los mendigos de los centros históricos de sus ciudades. La estética es mucho más importante que la ética, Dragan. Vivimos en un país en parte controlado por la mafia, pero nos dan miedo los mendigos y los extranjeros.

Cuando se empieza a hacer limpieza a menudo sucede que uno acaba por volverse obsesivo, maniático. Cada mota de polvo nos molesta y resquebraja la pulcritud de nuestro mundo. Hablan de libertad, pero el poder hoy se traduce en una sola palabra: prohibir. El poder de los mezquinos, de los miserables. Cuánto más mezquino e insignificante se es, más se prohíbe. Así que fuera las prostitutas, fuera los gitanos, los vagabundos, los mendigos. De este modo se sienten fuertes, importantes, pero sobre todo se impide vivir al resto.

En algunas ciudades pretenden prohibir los restaurantes étnicos en el centro «para salvaguardar la tradición culinaria», han sentenciado. Sólo hay que comer italiano. También el gobernador del Véneto dice que debemos defender nuestra tradición. Luca Zaia es véneto e imagino que prohibirá a sus ciudadanos comer polenta cuando descubra que el maíz viene de América.

En Venecia se ha prohibido a los niños jugar al *campanon*<sup>15</sup>. Es un juego en el que se dibujan unos cuadrados en el suelo, para después saltar de uno a otro, Dragan. Cuadrados que se dibujan con una tiza, con un trozo de ladrillo. Lo han prohibido.

La primera lluvia los habría borrado. Ni todas las lluvias del mundo bastarían para borrar la ignorancia de quien prohíbe jugar a los niños dibujando cuadrados con una tiza. La estupidez enfermiza de quien, en vez de la alegría de estar juntos, ve el suelo sucio. No la contaminación del aire, Dragan, no: rayas de tiza en la calle.

El miedo a la suciedad se convierte en fobia. Tememos la contaminación y nos asusta toda forma de contacto. Cada vez nos encerramos más en nosotros mismos y nos estamos quedando tan solos que nos parecen sospechosos quienes todavía tienen valor para hablar entre ellos.

En esto pensaba Massimo Giordano, alcalde leguista<sup>16</sup> de Novara, cuando emitió la ordenanza que prohibía reunirse a más de dos personas en parques públicos entre las once y media de la noche y las seis de la mañana. Me vienen recuerdos de tantas noches de verano de la adolescencia pasadas charlando con los amigos en algún parque, tocando la guitarra, discutiendo hasta muy avanzada la noche sobre cómo cambiar el mundo, o simplemente hablando de chicas. Se discutía, se creía debatiendo entre muchos, no necesariamente entre dos. Se aprendía a convivir con los otros, en la diferencia. Pero al leer que no se puede «estar en grupos de más de dos personas» me vienen por desgracia a la mente las palabras de Amos Oz: «El fanático sólo puede contar hasta uno, ya que dos es un número demasiado grande para él». Estar sentados en un banco charlando es una falta, un delito. Es un indicio de que no trabajas,

---

<sup>15</sup> Juego variante de la rayuela.

<sup>16</sup> De la Liga Norte.

no produces, no consumes. Por esta razón el alcalde Gentilini hizo quitar los bancos de las calles de Treviso.

Estaba en un banco Andrea, un sin techo, una de esas personas que los políticos quieren censar. Dormía en el banco que le hacía las veces de casa y de cama, y parece que molestó a la mente perturbada de un idiota que le echó gasolina por encima y le prendió fuego. Un idiota al que no censarán y que seguirá buscando el orden fuera del desorden de su cabeza. No hay seguridad para aquel que para muchos sólo es un vagabundo.

Estaba también en un parque Emmanuel Bonsu Foster aquel día de octubre de 2008. En un parque de la cívica y democrática Parma. Pero no estaba sentado: «Merodeaba, telefoneaba, hacía gestos», ha dicho el alcalde Pietro Vignali. Y además «la escuela empezaba a las siete, ¿qué hacía en el parque a las cinco?», prosiguió. Como para decir que había sospechas suficientes y evidentes para que los vigilantes se llevaran a este ghanés de veintidós años, que frecuentaba la escuela nocturna y era voluntario en un centro de rehabilitación de toxicómanos. Lo detuvieron, lo desnudaron, le dieron una paliza y luego le devolvieron sus efectos personales en una bolsa en la que habían escrito *Emmanuel negro*.

Un ojo hinchado, puede que se lo hiciese en una caída, dicen las autoridades; una bolsa con aquel letrado, pero puede que lo hubiese escrito él mismo, afirman. «Mis ciudadanos piden seguridad y yo debo responder». Emmanuel no es su ciudadano, es un negro. Igual que aquella prostituta nigeriana, fotografiada semidesnuda en la comisaría de policía, siempre en Parma. En Parma, donde un empresario sin escrúpulos, que había pactado ilícitamente con banqueros falsos y mentirosos, ha tirado por el desagüe los ahorros de ¿cuántas familias? ¿Tolerancia cero? ¿Los ciudadanos no pedían seguridad?

*Emmanuel negro*. «Puede que no hubieran entendido bien el apellido», dijo un vigilante. «Aquel negro era sólo para identificarlo». No hacía falta entender el apellido, bastaba con leerlo en los documentos que le habían requisado. Pero alguien de

Ghana ni siquiera tiene apellido, deben de haber pensado: con negro bastará.

*Emmanuel negro*, con una sola eme, una grafía incierta, que revela sólo una mínima parte de la ignorancia que se esconde tras la mano que la trazó. Que manifiesta la rabia estúpida de quien no sabe con quién tomarla por el hecho de vivir en un mundo absurdo, en el que siempre se llega tarde a la carrera del consumo. De quien es sacrificado por la inutilidad de las necesidades creadas, tan vacías que necesitan parecer indispensables. De quien se asusta ante la idea de encontrarse en un mundo demasiado grande y variado, y sin embargo, no se da cuenta de que vive en el trastero polvoriento de su provincia mental.

Aquellos como tú, Dragan, encarnan lo que más tememos que nos suceda a nosotros: convertirnos en pobres.

El problema se traslada entonces a un plano formal y legislativo, los individuos quedan anulados. Ya no hay más personas con *vidas al desnudo*,<sup>17</sup> sino un grupo informe, sin patria ni nombre, que ante todo constituye un problema. La cuestión se traslada del plano ético a un plano de gestión, en el que no queda espacio para la moral humana. Los administradores se sienten eximidos de eventuales objeciones de conciencia y actúan pragmáticamente, resolviendo el problema por vía burocrática.

¿De verdad, frente al drama de millones de personas que sufren hambre, que padecen enfermedades, que mueren en guerras, nos hemos vuelto tan mezquinos y miserables como para considerar más insoportable la «molestia» de un mendigo que la pobreza del resto del mundo?

Todo se simplifica, se reduce a un eslogan tranquilizador, para alejar el espectro (reciente, todavía caliente) de la época en que «nosotros éramos los albaneses». ¿Tolerancia cero con los hinchas que destrozan gratuitamente trenes, calles, plazas, que

---

<sup>17</sup> Referencia al concepto de Giorgio Agamben. Ver su libro *El poder soberano y la nuda vida*.

ocupan las ciudades por la fuerza? ¿Tolerancia cero con las empresas que hacen negocios con la camorra y con la mafia? ¿Con el que se juega el dinero ajeno en las finanzas? ¿O con los políticos cómplices?

No, Dragan, no. Contigo, que ahora intentas limpiarte el dedo negro en los pantalones.

Incluso sin el cero, Dragan, *tolerancia* es una palabra fea. Es fea porque finge ser buena, finge llevar consigo buenos sentimientos, notas de amor, gestos de paz. No es así. Esconde la hipocresía de quien se siente superior, pero no osa admitirlo, por miedo a pasar por presuntuoso y por políticamente incorrecto.

*Tolerar*: «aceptar con paciencia cosas o situaciones desagradables o dolorosas; admitir la presencia, la compañía, de alguien poco grato; admitir, respetar opiniones, convicciones distintas de las propias; aceptar actitudes y comportamientos ajenos, mostrando compasión e indulgencia incluso cuando se desaproveban». Leamos atentamente estas definiciones del diccionario de la lengua. Leámoslas no pensando en cosas abstractas como la diversidad cultural o el multiculturalismo, sino en esas personas, en esas mujeres, esos hombres, esos niños que queríamos tolerar. Una imagen se forma, como en una fotografía en blanco y negro. ¿Qué ves, Dragan? Un hombre con rostro bondadoso, sonriente, que te mira mientras corres por la calle con tus ropas un poco sucias y raídas. Él sabe que tú no eres malo, y que si robas es porque te ves forzado a ello. «Nos han enseñado maravillas acerca de la gente que roba pan...».<sup>18</sup> Te entiende, te acepta *con paciencia*, es indulgente: te tolera. Él puede hacerlo porque se sabe más fuerte. Puede soportar tu presencia aunque a lo mejor le seas *poco grato*. Puede hacerlo porque está suficientemente alejado de ti como para no sentir el olor de tu sudor, el hedor de tu ropa.

¿Y los demás? Los demás se volverán intolerantes porque no lo soportan. No tienen las ganas, la fuerza o la capacidad de hacerlo. Porque les han dicho que tienen que tener miedo de aquellos como tú. Vosotros sois la causa de su malestar. Necesitamos siempre un enemigo, Dragan, sobre todo cuando las cosas no van demasiado bien, y si no hay enemigo, se inventa. Visto que hay que hacerlo, más vale buscárselo fácil de identificar y, a ser posible, débil. Fácil de identificar, como los malos en las antiguas películas mudas, con la mirada torva y el ceño fruncido, el bigote un poco tosco y descuidado. ¿Quién mejor que vosotros los *rom*, los gitanos? ¿Quién mejor que los limpiacoches y los mendigos? Sois mucho más fáciles de ver, además sois más feos que nosotros, y nos sois más extraños que esos elegantes señores de traje y corbata, esos que mueven capitales y escriben leyes condenando a la miseria y a la explotación a tantas personas. La banalidad del mal hoy tiene el rostro sonriente y encorbatado de empresarios planetarios.

---

<sup>18</sup> De la canción *Nella mia ora di libertà*, de Fabrizio De André.

*Se podría poner precio a los pensamientos.*

*Algunos cuestan mucho, otros poco.*

*Y ¿con qué se pagan los pensamientos?*

*Creo que con ánimo.*

Ludwig Wittgenstein, *Aforismos* [296]

¿Qué es lo que nos ha vuelto así? ¿Qué es lo que nos ha hecho hundirnos tan profundamente en el pozo del olvido? ¿Qué les ha pasado a nuestros ojos que ya no son capaces de distinguir el contorno de las cosas, el bien del mal?

Era 1955. Hacía poco más de diez años que la guerra había acabado y la Shoah todavía no había entrado en la dimensión lejana y abstracta de la historia. Una mujer de cuarenta y dos años, Rosa Parks, se negó a levantarse del asiento del autobús en el que estaba sentada. Estaba cansada después de una jornada de trabajo, y querían mandarla al fondo, donde se sentaban los negros.

No se levantó, Dragan, no se levantó.

La insultaron, la amenazaron. Ella no se levantó.

No se levantaron las doscientas cincuenta mil personas que, el 25 de agosto de 1963, fueron a Washington a escuchar a Martin Luther King decir que soñaba que sus cuatro hijos pequeños vivirían un día en una nación donde no serían juzgados por el color de su piel, sino por la calidad de su carácter.

No se levantó Muhammad Ali, el boxeador más fuerte del mundo, cuando lo arrestaron porque se negó a combatir en Vietnam. Le preguntaron por qué se negaba y respondió: «Porque ningún vietnamita me ha llamado jamás sucio negro».

En aquellos días un muchacho desgredado cogió una guitarra y con los tres acordes más fáciles del mundo entrelazó nueve simples y terribles preguntas. Ésta quizás la más dura:

¿Cuántas veces puede un hombre girar la cabeza  
y hacer como que no ha visto nada?

¿Cuántas? Muchas más de las que se piensa, Dragan. Cuando en octubre de 1938 el gobierno italiano dictó las leyes raciales, se les pidió a todos los docentes universitarios que las suscribieran. Eran mil doscientos. Doce se negaron. Uno de cada cien.

En 2008 fueron las Olimpiadas de Pekín. Se abrió un gran debate sobre la violación de los derechos humanos en China, sobre la cuestión del Tibet, se llamó al boicot. Después, en el momento de la inauguración, todos los representantes de los países «democráticos» estuvieron presentes en el palco de honor, del primero al último. Ni un sólo atleta dijo una palabra. «No hemos visto nada... el deporte no tiene nada que ver con la política, uno se entrena durante años para las Olimpiadas...».

Cuarenta años antes, Tommie Smith y John Carlos subieron al podio de los doscientos metros en Ciudad de México. Medalla de oro y de bronce. Y un récord mundial. En el momento del himno, inclinaron la cabeza y alzaron el puño, envuelto en un guante negro. Era el símbolo de los Panteras Negras, Dragan, el movimiento que luchaba por los derechos de la comunidad negra. Diecinueve segundos y ochenta y tres centésimas para recorrer doscientos metros. Tres minutos ante el mundo entero con el puño alzado. Cuarenta años de rencor en su contra. Les quitaron las medallas, el récord, fueron descalificados de por vida, pero aquel gesto ha quedado marcado como una cicatriz en el rostro, no sobre el de los racistas, sino sobre el de quienes hacían como que no veían. Smith y Carlos no giraron la cabeza. En Pekín lo hicieron, lo hicimos, todos.

Nos hemos rendido, nos hemos convencido de que ya nada puede cambiar, que somos impotentes con respecto a lo que su-

cede. No sólo nos parece inevitable, nos parece cada vez menos grave, hasta llegar a parecernos normal. He aquí la tragedia. Normal.

Normal que a ti, Dragan, se te pida que mojes tu dedito en la tinta, registrando tu vida en este país. Una mancha que no está sólo en tu dedo, está en tu rostro, en tu alma. Es la mancha de la raza.

*Las razas humanas existen.  
La existencia de razas humanas  
no es una abstracción de la mente,  
sino que corresponde a una realidad fenoménica, material,  
perceptible por nuestros sentidos.*

*Del Manifesto della razza, 1938*

Hace poco más de setenta años, Dragan, no tantísimos. Un templado día de septiembre, de esos en los que el cielo está límpido, las plantas comienzan a enrojecer y las hojas emplean sus últimas fuerzas para permanecer en las ramas que las han generado. No era así en el bello pinar de San Rossore. Aquel cinco de septiembre de 1938 el viento del mar apenas acariciaba las copas de los pinos, como un padre que desordena el cabello a su hijo. Para jugar. En una hermosa villa inmersa en el bosque, un grupo de personas firmaba unos papeles. Cuatro hombres: un rey, un dictador, dos ministros. Gestos simples, pocas gotas de tinta, un gesto de la muñeca, una rúbrica en la página.

Miles de individuos dejaron de serlo. Dejaron de ser personas, seres humanos, cada uno con su historia, sus sentimientos, sus ideas, sus sueños, sus esperanzas. Después nada.

¿Eran hombres?, se hubiese preguntado Primo Levi. Esos miles de personas se convirtieron en una sola, terrible, maldita cosa: la raza hebrea. La enfermedad que infectaba nuestra piel «aria» inmaculada, el grano que atascaba el engranaje de nuestra historia, el líquido pútrido que corrompía la pureza de nuestra raza.

Ya existe una pura «raza italiana». Este enunciado no se basa en la confusión entre el concepto biológico de raza y el concepto histórico-lingüístico de pueblo y de nación, sino en el purísimo parentesco de

sangre que une a los italianos de hoy con las generaciones que han poblado Italia desde hace milenios. Esta antigua pureza de sangre es el título de nobleza más grande de la Nación italiana.

Así quedó escrito en aquel manifiesto racista.

Sí, Dragan, porque el racista no sólo piensa que la humanidad esté hecha de jaulas, sino que también hay jaulas mejores, como la suya, ésa en la que él mismo se ha encerrado. Le saca brillo a los barrotes, para que su resplandor le impida ver lo que hay fuera.

Y además busca la pureza, el grado cero de su estirpe, de la que se siente orgulloso, de la que presume que no ha sido nunca contaminada por sangre extranjera. *Contaminada*, Dragan, contaminada. ¡Qué fea palabra! Evoca enfermedades infecciosas, epidemias, la peste, la gripe aviar, el antrax.

También la *pureza*, cubierta por su gélida luminosidad, vibrante en el sonido cristalino de su imagen, es una palabra peligrosa. Ha causado más víctimas la pureza que la impureza. Demasiada pureza crea fanáticos, la excesiva transparencia ciega la mente. El diamante es purísimo, Dragan. Pero también está muerto. Pero es duro, durísimo de romper. Como su imagen. Como el prejuicio.

Las fronteras demasiado nítidas acaban convirtiéndose en cuchillas de afeitar, que hieren, cortan, amputan. Un día se le pidió a Albert Einstein que rellenara un formulario con sus datos personales. Junto a la casilla en la que debía indicar la raza, Einstein escribió: *human*.

La raza, Dragan, significa reducir al individuo a pura biología. Por consiguiente, borra la historia, las decisiones, los sueños, las esperanzas. La vida. Significa convertirlo en un amasijo de células, objeto a clasificar siguiendo un orden inventado por quien se considera superior.

Nosotros hemos inventado las razas, Dragan, no nos bastaba con ser seres humanos.

Las palabras que usamos son importantes. Dicen mucho más que su significado explícito, revelan una forma de pensar. Se habla de inmigrantes de segunda generación. ¿Qué significa eso? Si son los hijos de aquellos que inmigraron a Italia, ya no son «inmigrantes». Han nacido aquí. ¿O llevarán siempre el estigma del extranjero? ¿Tendremos inmigrantes de tercera, cuarta, quinta, duodécima generación?

Visto que estamos tan obsesionados con la búsqueda de nuestras raíces, vayamos hasta el fondo, hagámoslo en serio. La humanidad entera desciende de un millar de individuos, que hace casi cien mil años abandonaron las sabanas africanas para venir a Europa. Si tenemos tan buena memoria sobre el origen de los otros, tenemos también que admitir que nosotros europeos somos todos inmigrantes africanos, de cuadringentésima generación, pero siempre inmigrantes.

Hagamos otro jueguecito, Dragan. Cada uno de nosotros tiene dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos, etcétera. Por lo tanto, hace diez generaciones, sobre el 1750 más o menos, teníamos mil veinticuatro antepasados cada uno. Cada uno de nuestros antepasados, a su vez, doscientos cincuenta años antes tenía otro millar de antepasados. Haciendo un cálculo rápido podemos asegurar con certeza que, siendo las cosas así, cada uno de nosotros desciende de aproximadamente un millón de antepasados que vivieron en el 1500. A día de hoy somos siete mil millones en el mundo, que multiplicado por otro millón, hacen siete mil billones. Sin embargo, en aquella época sólo había quinientos millones de personas en el planeta. ¿Y bien? Esto significa que muchos de nuestros antepasados se juntaron y tuvieron hijos con sus consanguíneos. Si cogiéramos a dos cualesquiera de nosotros, habitantes del planeta, aunque fueran uno de Italia y otro de Indonesia, descubriríamos que hace más o menos tres mil años tuvimos un antepasado común. No sólo somos todos africanos, Dragan, ¡también somos parientes!

Era un jueguecito, Dragan, aunque muy serio, y sé bien que esto no servirá para que los racistas cambien de idea. De igual modo que sirve de poco o nada explicarles que la ciencia ha demostrado que no es posible clasificar grupos humanos en base a la genética. Puede que fuese posible si las poblaciones hubiesen permanecido siempre aisladas, pero tenemos pies, Dragan, y caminamos, cambiamos de sitio, dejamos nuestros países para ir a otras tierras. Siempre lo hemos hecho. Nos casamos con extranjeros y tenemos hijos. Nuestros árboles genealógicos están muy ramificados, sus ramas se pierden a lo largo de los caminos de los continentes, y si fuéramos a buscar el punto cero de nuestra estirpe, quizá descubriríamos que somos todos de una raza distinta a la que creíamos pertenecer. Todos somos bastardos, lo digo en el buen sentido de la palabra. A lo mejor tendría que decir mestizos, es más fino, pero bastardos me gusta más. Somos hijos, nietos, bisnietos de antepasados que vinieron quién sabe de dónde, y quién sabe dónde se encontraron. Pero nos gusta creernos puros, Dragan, puros. Y aquellos como tú amenazan nuestra idea de pureza.

Sé que no sirve de mucho repetir que, aunque existieran las razas, la genética no tiene nada que ver con las actitudes de un pueblo, con su cultura. Nada. No escucharían por no tener que afrontar el esfuerzo de buscar respuestas alternativas. Las razas están en la mente de ciertas personas, o peor, en la barriga, como un mal incurable. Es una batalla perdida, lo sé, Dragan, pero librémosla.

En cierto momento nos hemos vuelto más correctos, Dragan, o puede que más hipócritas. Ha sido necesario todo el horror de las imágenes de aquellos cuerpos esqueléticos supervivientes de Auschwitz, Mauthausen, Bergen-Belsen. Han sido necesarios sus relatos repletos de angustia y miedo. Ha sido necesario el trágico poder de los números, seis millones, para que levantásemos la mirada de la punta de nuestros zapatos y mirásemos aquellos rostros, que no eran sino los rostros de la realidad. De una realidad donde los verdugos han tenido muchos, demasiados cómplices mudos.

Durante un tiempo nos hemos avergonzado, Dragan, es verdad. Hemos proclamado con insistencia el «nunca más» y hemos construido monumentos a la memoria. Y por un segundo parecía de verdad que no fuera a suceder nunca más, que aquellas heridas hubiesen dejado algunas cicatrices en nuestros corazones. Cicatrices sanas, que nos recordaran lo terriblemente fácil que es hacer el mal.

No ha durado mucho.

La raza se volvió impresentable, al menos durante un período. Nos refinamos, empezamos a hablar de etnias, de culturas. *Cultura* es una palabra elevada, Dragan, no tiene la vulgaridad carnal de *raza*, huele a saber, a estudio, a escuela. Decir que hay diferentes culturas no ofende, más bien –pensábamos muchos– significa reconocer la riqueza del mundo. Ha habido un momento en el que pensábamos que el mundo podía vivir alegremente en paz, que era un prado habitado por flores distintas, una mezcla de perfumes y colores. O puede que sólo algunos de nosotros lo pensáramos. Los otros estaban escondidos, en silencio: el arcoíris embellece el cielo después de una tormenta, pero dura poco.

Las nubes han vuelto, silenciosas, oscuras, hinchadas de un rencor mal reprimido. Han cubierto el cielo, borrando las sombras, destiñendo los colores, deformando el horizonte. La palabra *cultura* se ha convertido en un estigma, el adjetivo *diferente* la ha hecho sospechosa, la ha arrastrado hacia el desprecio, incluso al odio. Se dice *cultura*, pero se piensa *raza*, Dragan.

La cultura es un animal extraño, en continuo movimiento, que muta en el tiempo y el espacio. Es una obra siempre abierta, donde se trabaja de día y de noche, una obra que se desmonta y se monta continuamente, y que utiliza también trozos y materiales provenientes de lejos. La cultura es un caleidoscopio, puedes mezclar de mil formas diversas los trocitos de colores y siempre obtienes un dibujo. Diferente de los otros, pero siempre bello y curioso.

Las culturas se dibujan a lápiz, Dragan, y siempre puedes usar una goma para modificarlas. Sin embargo, las han endu-

recido, alisado y sacado brillo, las han transformado en armas para golpear, en cuchillas cortantes, en jaulas de acero para encerrar a los otros. Pero nosotros también nos hemos quedado atrapados. Hay que combatir y mantener alejadas las otras culturas para defender la nuestra de su nefasta influencia. «Estamos en una época de choque de culturas», dicen. ¿Alguien ha visto alguna vez chocar dos culturas? Tú, Dragan, no eres una cultura, eres un niño al que han sumergido el dedo en tinta. Tienes un padre, una madre, hermanos y hermanas, que no son culturas, son personas. Han transformado a los individuos en piedras, en monolitos amorfos, destinados a una inercia eterna. Condenados a sufrir la marca indeleble de su tierra natal, de su comunidad de origen, de su raza, Dragan. Utilizando la cultura como tapadera, nos hemos vuelto racistas sin necesidad siquiera de la raza. Somos fundamentalistas culturales, para los que sólo hay un modo de vivir y de pensar. Lo demás hay que rechazarlo. Hablamos de choque de culturas, cuando en realidad somos nosotros mismos los que alimentamos la cultura del choque. Nos hemos acostumbrado a razonar *contra*, como esos hinchas que ya no animan a su equipo sino que pasan noventa minutos insultando al adversario. Esos hinchas que han hecho del color de una camiseta una tierra a la que pertenecer, por la que vale la pena luchar, hacer el mal, matar. Una tierra no para amar, sino desde la que odiar al resto.

Pero no son tan distintos de muchos de nosotros, de tantas mentes líquidas<sup>19</sup>, saturadas de mezclas ideológicas y raciales, de ese odio obtuso que bebe del río de la ignorancia. Nos hemos vuelto hoscas, sin sombras, grises, informes. Malvados.

Hemos perdido también esa ironía que nos hacía aceptar la diversidad. La ocurrencia que derribaba, con la explosión de la carcajada, el muro de la diferencia. Que disolvía los opuestos mediante la deformación exasperada del otro. Tan exagerada y

---

<sup>19</sup> Concepto del psicólogo Walter Riso.

caricaturesca que resultaba divertida, que adormecía cualquier instinto de rabia. Reírse del otro, de su diversidad, y dejar que el otro se ría de la tuya. ¡Qué bonito mundo en el que reconocer las respectivas diferencias, sin transformarlas en motivo de enfrentamiento!

Y, sin embargo, nos miramos torvo. Buscamos las imperfecciones para señalarlas con el dedo y decir: «¡aquí está!». Es una vieja historia de vigas y pajas, Dragan, buscamos la imperfección en el otro para expulsarlo de nuestro universo perfecto.

¿Sabes cómo definió la cultura un viejo antropólogo? Un conjunto de fragmentos, piezas y trapos. El cumplido más bonito que se le podía hacer a esta criatura multiforme. ¿Y nosotros? Hemos vuelto a caer en la trampa esmaltada y pulida de la pureza.

Pureza, limpieza, higiene, frutos de una ilusión que quiere que seamos perfectos y que «nuestro» mundo sea perfecto, tal y como nosotros lo hubiéramos creado, si no hubiese tantos de estos extranjeros que caminan en él con sus zapatos sucios. Queremos vivir en una esfera de cristal transparente y aséptica, destinada a ser cada vez más y más frágil, a desvanecerse en la nada.

Entonces volvemos a limpiar, Dragan. Enviamos patrullas a hacer la ronda, pero en realidad escondemos el polvo debajo de la alfombra. Echaros es una victoria simbólica. Tenemos la necesidad de creer que, una vez que os hayáis ido, todo se volverá limpio y bueno. Es preciso hacer limpieza, porque sólo existe lo que ves. Y lo que se quiere ver es una normalidad hecha de bienestar, de gente guapa y bien vestida. Si escondes a los pobres, ya no hay más pobreza. Nos lo hacen creer todos los días, pero entonces alguien se tropieza con la alfombra y el polvo sale fuera. Entonces lo que hacemos es intentar distraer a los huéspedes, mostrándoles sólo los adornos más bonitos.

Mentimos, Dragan, y lo sabemos.

*Primero vinieron a por los comunistas,  
y yo no hablé porque no era comunista.  
Luego vinieron a por los socialdemócratas  
y yo no hablé porque no era socialdemócrata.  
Luego vinieron a por lo sindicalistas,  
y yo no hablé porque no era sindicalista.  
Luego vinieron a por los judíos,  
y yo no hablé porque no era judío.  
Luego vinieron a por mí,  
pero no había quedado nadie para hablar en mi defensa.*

*Martin Niemöller, Primero vinieron*

La globalización, Dragan, la globalización, nos lo han repetido hasta la extenuación, iba a transformar el mundo en un único gran pueblo. Nuestros horizontes se iban a ensanchar, íbamos a ser protagonistas y espectadores de un mundo nuevo, de cada evento del planeta. Todos nos comunicaríamos con todos, en tiempo real. Un gran carrusel, una inmensa plaza en la que encontrarnos, charlar. Ciudadanos del mundo, Dragan, al fin.

«*Imagine there's no countries, it isn't hard to do, nothing to kill or die for, and no religion too*», cantaba John Lennon. Era 1971. No ha sido así. Hemos conseguido derribar las fronteras para hacer circular bienes y dinero a cualquier punto del planeta, pero nosotros, los seres humanos, poco a poco nos hemos hecho cada vez más tribales. Cada vez más encerrados en una jaula angosta, en un frágil caparazón que nos hemos construido para defendernos. ¿De qué? Del miedo de acabar disueltos en el líquido de la humanidad. Del miedo a perder un recinto al que aferrarnos, en el que apoyarnos para mirar fuera furtivamente

y con desconfianza. Como se mira por la mirilla para identificar a los visitantes no deseados.

Nos hemos vuelto provincianos, mezquinos, intolerantes ante la más mínima variación de nuestra rutina cotidiana. Preferimos un encefalograma plano a los sobresaltos del corazón. La costumbre, Dragan, es una mala enfermedad, «una maestra autoritaria y manipuladora», como ya nos advirtió Montaigne hace más de cuatro siglos.

Nos hemos encerrado en *nuestro* prado a pacer *nuestra* hierba y ni siquiera nos parece mejor la del vecino. «Lo pequeño es hermoso» se ha convertido en el eslogan del momento. Lo gritan los políticos, que demandan profesores «de casa», jueces «de casa», todo «de casa». Lo autóctono es sello de garantía. Como si los profesores, los políticos y los jueces fueran un producto típico de la tierra, especialidades locales, como la trufa, y no el fruto de una vida de estudio y trabajo. Tierra y sangre, Dragan.

La globalización ha producido muchas pequeñas burbujas que no vuelan en el aire, ligeras, con reflejos de colores; se estancan pesadamente en el agua con miedo a explotar. Desde dentro de las burbujas se ve lo que hay fuera, se ve bien. Se ve lo que ocurre, pero la gente de dentro da cada vez más importancia a ese sutil velo transparente que la separa del exterior. Somos así, Dragan, constructores de fronteras. De verdad parece que no seamos capaces de otra cosa. Tú perteneces a un pueblo de viajeros y conoces las fronteras.

El cerco en torno a nosotros se estrecha, lo hemos reducido, hasta aislarnos. Y nos hemos quedado solos. Solos y «tribales». La soledad nos ha llevado a empequeñecer, a volvernos desconfiados, hostiles. Nos hemos dejado comprar con espejitos y perlitas, como aquéllos a los que llamamos salvajes.

¿Qué es lo que nos ha llevado a estar tan solos? ¿La prisa? El viajar siempre en coche, de un punto a otro, perdiéndonos todo lo que está *entre*, sin mirar a nadie a la cara. Una vida de puntos, como los que se unen en aquel pasatiempo de la *Settimana*

*enigmistica*<sup>20</sup>, esperando que surja alguna forma con sentido. Esperando.

Nos ha llevado a estar solos una política vacía, hecha por políticos mediocres, incapaces y falsos. Una política sin ideas, reducida a pura gestión. Una política que ha bajado la vista al horizonte que termina en la colilla del cigarrillo recién tirado al suelo. Que no calienta los corazones, que no empuja a que las personas se unan, sino que las divide, una a una, con la indiferencia.

Sólo les oyes lanzar eslóganes, nunca dar un discurso. Palabras vacías, informes, previsibles, siempre las mismas, sin piel ni alma. Palabras que no se cree ni siquiera quien las pronuncia, que simplemente sirven a los políticos para fingir que hacen política. Vacías. Si alguno alude a los ideales, lo acusan de ideológico. Ideología se ha convertido en una palabra vieja, a condenar. Sin embargo, ideología significa pensar en el modelo de sociedad que te gustaría, Dragan. De lo contrario, ¿para qué sirve la política?

Nos ha llevado a estar solos el haber querido liberarnos del peso del Estado, de la familia, de la escuela, de cualquier forma de organización colectiva. Nos pesaba estar sometidos a esos vínculos que imponen el trabajo diario de compartir con los otros tiempos, espacios, ideas, vida. Antiguos grilletes de los que no veíamos la hora de desembarazarnos, para planear ligeros, en el cielo de la libertad. *Libertad*, Dragan, otra palabra mal usada. Cuántas víctimas en su nombre. Víctimas que no han sido libres de elegir ser otra cosa.

Como globos inflados con helio, nos hemos alejado del grupo, donde estábamos con los otros globos. Hemos huido de la mano del feriante, hemos emprendido el vuelo. Nos hemos sentido bien, libres, durante un tiempo. Veíamos a los otros globos un poco distantes, lo bastante para no sentir el molesto contacto

---

<sup>20</sup> Semanario de pasatiempos y crucigramas.

de la piel. Luego el cielo se ha hecho más grande, el aire más ligero y los globos más pequeños. Cada vez más pequeños, hasta dejarnos solos. Libres, pero solos.

«La libertad no consiste en estar encima de un árbol...».<sup>21</sup> La libertad se ha transformado en un eslogan para los intolerantes, un tótem al que inmolar cualquier regla. *Libertad* es una bellísima palabra, incluso el sonido es bello, Dragan, pero es insidiosa: no distingue el singular del plural<sup>22</sup>. Si estuviese siempre declinada en plural sería preciosa. Si se reduce a una sola voz, se torna violenta, lasciva o, peor, inútil.

La soledad acrecienta el miedo, Dragan, y nos inventamos un enemigo común para creernos unidos y solidarios. En realidad sólo somos capaces de un individualismo colectivo. Cuánto más solos nos sentimos más nos aferramos a ideas abstractas y vagas como *identidad*, otra palabra que ha devenido útil para esconder todas las avaricias, todos los egoísmos. La identidad la pensamos, pero luego no la practicamos. La empuñamos como un bastón contra los otros, pero no la frecuentamos ni siquiera con los que son como nosotros. Identidad significa considerarse igual a otra persona. Pero hacemos todo lo posible para ser diferentes los unos de los otros.

*Identidad*<sup>23</sup> también es una palabra ambigua, no tiene plural, se presenta como portadora de una idea solitaria. No obstante, sí que tiene plural: tenemos una identidad de género, religiosa, política, futbolística... somos portadores de múltiples identidades. Tenemos una baraja y en cada vuelta jugamos la carta que cogemos o la que nos dan. Pero hoy, cuando se pronuncia la palabra *identidad*, pensamos automáticamente en la étnica. Hoy, identidad significa tierra y sangre.

---

<sup>21</sup> Canción de Giorgio Gaber.

<sup>22</sup> Libertad en italiano –*libertà*– tiene la misma forma en singular y plural.

<sup>23</sup> Con *identità* sucede lo mismo que con *libertà*.

Nos hemos vuelto «tribales», nos hemos apolotonado en torno al tótem de nuestra cultura, dispuestos a defenderlo. En realidad queremos defender nuestro dinero, nuestras costumbres, no nuestra cultura. No éramos siquiera conscientes de tenerla, no lo somos ni siquiera ahora. Nos lo cuentan. Lo hacen para hacernos creer que tenemos algo que perder y que sólo ellos pueden defendernos. El saber, la cultura, son las únicas riquezas que podemos compartir, sin que haya menos, Dragan. «Si tú tienes una manzana y yo tengo una manzana y las intercambiamos, entonces ambos seguiremos teniendo una manzana. Pero si tú tienes una idea y yo tengo una idea y las intercambiamos, entonces ambos tendremos dos ideas», dijo George Bernard Shaw.

Hemos preferido guardarnos cada uno nuestra idea y nos hemos quedado cada vez más solos. Y más pobres, de ideas y de lenguaje. Ya no somos capaces de mirar lejos, que es lo que ha hecho humanos a los seres humanos. Animales de pensamiento sedentario, eso es lo que somos. Usamos pocas palabras, siempre las mismas, porque tenemos poco que decir, repetimos siempre lo mismo. Abrirse a los otros es el motor de la cultura. La diversidad ofrece nuevas opciones, enriquece nuestro mundo, nos enriquece a nosotros mismos, deja entrar aire nuevo. Pero hemos preferido cerrar las persianas y respirar el aire viciado de la pureza. Lo pequeño no siempre es hermoso, si no sabes lo que hay fuera. Si no respiras oxígeno nuevo, que abone tu pequeño jardín. Siempre ha sido así, Dragan, las personas han intercambiado mercancías e ideas. También espadas y tiros, sí, es cierto. Había encuentros y desencuentros. Nadie se quedaba quieto, anclado en sus raíces.

¿Cuánta diferencia podemos soportar? No demasiada, lo sé, no demasiada, pero mucha más de la que pensamos. Y lo hacemos, todos los días, sin darnos cuenta. ¿Sabes, Dragan, lo que decía un manifiesto alemán de los años noventa? «Tu Cristo es hebreo. Tu coche japonés. Tu pizza italiana. Tu democracia grie-

ga. Tu café brasileño. Tus vacaciones turcas. Tus números árabes. Tu alfabeto latino. Sólo tu vecino es un extranjero».

Soportamos toda la diferencia del mundo, nos resulta cómodo, y ni siquiera nos damos cuenta. Consumimos comida extranjera, usamos objetos de todo el mundo, pero defendemos nuestra tierra, nuestras raíces, nuestra tradición, nuestra identidad.

Da miedo esto de hablar demasiado de identidad, esto de negar la naturaleza multiforme de nuestras culturas, de nuestras existencias. *Italianidad, pueblos padanos...*<sup>24</sup> se oyen voces a nuestra espalda, Dragan, apenas insinuadas, pero que poco a poco se hacen más fuertes.

*Es una leyenda la llegada de un gran número de seres humanos en tiempos históricos*, dice una voz. Borrarnos el pasado, negamos haber recibido y aportado cultura, como todos los pueblos. «Debemos defender nuestra cultura» dicen, y las voces, las voces, Dragan... *Las características físicas y psicológicas puramente europeas de los italianos no deben ser alteradas en modo alguno.*

Decimos cultura, pero pensamos raza. «Ellos sufrieron la inmigración, ahora viven en reservas», rezaba un manifiesto electoral de la Liga Norte, junto con la imagen de un nativo americano. Las voces continúan, continúan. Ya están entre nosotros. Crecen, Dragan, ¿las oyes? *El carácter puramente europeo de los italianos viene alterado por el cruce con cualquier raza extra-europea y portadora de una civilización diferente de la milenaria civilización de los arios...*

«Hay que acabar con los matrimonios mixtos». La voz se transforma en grito, Dragan, un grito salvaje... *Artículo 1. El*

---

<sup>24</sup> El independentismo *padano* es una ideología política nacida en los años noventa, promovida históricamente por la Liga Norte y apoyada por otros partidos como la *Lega Padana*. Proponen la secesión de gran parte de la Italia septentrional de la República Italiana y la creación de una república federal de la Padania, apelando incluso a la singularidad genética de sus habitantes.

*matrimonio de un ciudadano italiano de raza aria con una persona perteneciente a otra raza queda prohibido. El matrimonio celebrado en contra de esta prohibición es nulo. Artículo 2. Sin prejuicio de la prohibición establecida en el art. 1, el matrimonio de un ciudadano italiano con una persona de nacionalidad extranjera queda subordinado al consentimiento previo del Ministerio del Interior.*

*«Hay que crear aulas para los alumnos extranjeros»... En las escuelas cuyos estudios estén reconocidos a efecto legal, sea cual sea su orden o grado, no podrán inscribirse alumnos de raza hebrea.*<sup>25</sup>

«Yo no soy racista», «no tengo nada en contra de los extranjeros». Cuando alguien empieza así, déjalo correr, Dragan, lárgate. Porque al final de esa frase te espera ese instante de duda que precede al *pero*, que anuncia un *sin embargo*. La nueva frontera de la hipocresía pasa por estas pueriles autojustificaciones. El atrincherarse tras la declaración de «no sospechoso», tras la corrección política propia, para después encadenar una letanía de contradicciones.

*Ha llegado el momento de que los italianos se proclamen abiertamente racistas.* Así lo escribieron los redactores fascistas del *Manifiesto della razza*. Al menos no se escondían tras estrategias retóricas. Admitían su desprecio hacia el otro, sin envolverlo con excusas, sin sentir la necesidad de explicar que ellos no lo querían por principios, pero hay ciertas cosas que...

Sabes, Dragan, yo también llegué a pensar que ciertas actitudes no tenían que ser forzosamente racistas. Y lo sigo pensando. Muchas veces no es un problema de raza, sino de gente que lucha por los mismos, pocos, escasos recursos. Odias al otro no porque sea otro, sino porque crees que está en contra de ti. Sucede a menudo entre los que tienen miedo, y puede incluso ser

---

<sup>25</sup> Nota del autor: Las frases en cursiva son extractos del *Manifiesto della razza* y del Real Decreto-Ley del 5 de septiembre de 1938.

comprensible. Pero ahora no es así. Ahora existe incluso el odio hacia uno mismo, es un acoso racial ignorante y sin finalidad alguna, si no es para llenar el vacío emocional de ciertas personas y las urnas en favor de aquellos políticos instigadores. El racismo es una enfermedad sutil, horada el corazón de la gente, borra trozos de memoria, deforma la mirada.

No es el racista el que me asusta, Dragan, son los otros los que dan miedo. Todos aquellos que saben, que ven y callan. Los cómplices silenciosos. Miran tu dedo sucio de tinta negra y... nada. Alguno calla, pensando que en el fondo te lo mereces, pero no tiene el coraje de decirlo abiertamente. Gitano, ladrón, al fin y al cabo, ¿qué esperas de nosotros? Otros pensarán que está mal, pero también se callan. ¿Por qué complicarse la vida? Y además, ¿qué puedo hacer yo? Es el sistema el que está mal, y la izquierda que ya no existe.

Al racista, Dragan, lo ves, lo oyes hablar, lo reconoces. Puedes combatirlo. A los otros no. Por esta razón dan más miedo. Se esconden tras la cobardía de la falsa impotencia, en la niebla del consenso, en la retórica refinada de las distinciones, en el humo de las teorías. Esconden detrás de grandes palabras cada bajeza egoísta. Las ideas son una cosa, la vida otra.

Y hay algo más que da miedo: el sentimiento de impotencia que parece habernos envuelto a todos. La idea de que a estas alturas nada cambiará, de que todo acaba aquí, que no hay nada más que se pueda hacer. La historia se acabó, dijeron cuando cayó el muro de Berlín. Para algunas personas, no para ti, Dragan. Para ti sigue, en una burocracia de marginación, de expulsiones, de vergüenza. ¿Y nosotros? «El bárbaro es por encima de todo el que cree en la barbarie», escribió Lévi-Strauss. Puede que estas palabras basten para decir en qué nos hemos convertido: bárbaros.

Cuando éramos niños teníamos un juego: si fueras el dueño del mundo, ¿qué harías? Y tenías que decir lo que harías. ¿Qué haría ahora? Seguramente cogería un pañuelo y te limpiaría el dedito, Dragan. ¿Y luego? Te pediría perdón, te explicaría que

no todos somos así, ¿de qué serviría? ¿Y a quién? ¿A ti? No, qué te importan mis excusas. Sabes bien que no puedo hacer promesas en nombre de los demás. ¿A mí? Tampoco, no me sentiría mejor. Es preferible guardarse cada uno lo suyo, tú la rabia y yo la vergüenza. Es más sano que mil hipocresías.

Lo sé, Dragan, sigues mirándote el dedito negro y sigues sin entenderlo. Dentro de poco te irás a lavar la mano y esa fea mancha desaparecerá, desaparecerá de tu dedo. En nuestros corazones, en nuestras almas, sin embargo, permanecerá durante mucho tiempo. Puede que para siempre. O puede que no, Dragan, puede que olvidemos esto también, y todo nos parecerá normal.



## Títulos publicados

### Migraciones

#### **Paremos los vuelos. Las deportaciones de inmigrantes y el boicot a Air Europa**

Campaña Estatal por el Cierre de los CIE, 2014. 112 pág.

ISBN: 978-84-939633-5-4.

#### **Quién invade a quién.**

##### **Del colonialismo al II Plan África**

Eduardo Romero, 2011. 132 pág.

ISBN: 978-84-939633-0-9.

#### **Un deseo apasionado de trabajo más barato y servicial. Migraciones, fronteras y capitalismo**

Eduardo Romero, 2010. 144 pág.

ISBN: 978-84-614-0884-9.

#### **A la vuelta de la esquina. Relatos de racismo y represión**

Eduardo Romero, 2008. 123 pág.

ISBN: 978-84-612-7617-2.

#### **Rodaré maldiciendo.**

##### **Poemas y arte callejero**

Silvia Cuevas-Morales, 2008. 37 pág.

ISBN: 978-84-612-4533-8.

#### **¿Quién invade a quién? El plan África y la inmigración**

Eduardo Romero, 2007 (2ª ed.). 68 pág.

ISBN: 978-84-611-4544-7.

#### **Los árboles de la muerte. Crónica de un inmigrante sin papeles**

Marco Valle, 2004 (2ª ed.). 95 pág.

ISBN: 978-84-607-9379-3.

### Memoria

#### **Mi guerra de España**

Mika Etchebéhère, 2014. 512 pág.

ISBN: 978-84-939633-4-7

#### **Nos matan y no es noticia.**

##### **Parapolítica de estado en Colombia**

Ricardo Ferrer Espinosa y Nelson Restrepo, 2010. 192 pág.

ISBN: 978-84-614-0084-3.

#### **Incendiaros de ídolos.**

##### **Un viaje por la revolución de Asturias**

Mathieu Corman, 2009. 170 pág.

ISBN: 978-84-613-0725-8.

### Formación

#### **Crisis y deuda externa. Las políticas del Fondo Monetario Internacional**

Miguel Moro, 2005. 242 pág.

ISBN: 978-84-609-5602-0.

#### **Contra la Unión Europea. Una crítica de la Constitución [agotado].**

VV. AA., 2005. 48 pág.

ISBN: 978-84-609-4170-5.

### Ecología

#### **El oro de Salave. Minería, especulación y resistencias**

(CD documental *El Oro de Salave*,

*Jose Alberto Álvarez*) VV. AA., 2013.

208 pág. ISBN: 978-84-939633-7.

#### **Ecología sobre la mesa. Recetas para las cuatro estaciones**

María Arce, Íñigo González, Eva Martínez

y Marina Tarancón, 2012 (2ª ed.). 184

pág. ISBN: 978-84-939633-1-6.

#### **Catalina y los bosques de hormigón**

Ana Laura Barros y David Acera, 2007

(2ª ed.). 53 pág.

ISBN: 978-84-611-8953-3.

#### **Oviedo detrás de la fachada**

(*fotografía / texto-plano de Oviedo*).

María Arce, 2007.

ISBN: 978-84-611-6895-8.

Miguel Moro, 2007. 182 pág.

ISBN: 978-84-611-6896-5.

#### **Más agua, ¿para qué? El Plan Hidrológico Nacional, el embalse de Caliao y la nueva cultura del agua**

Beatriz González y Eduardo

Menéndez, 2006. 119 pág.

ISBN: 84-611-0896-5.

#### **Nos comen. Contra el desmantelamiento del mundo rural en Asturias**

VV. AA., 2005. 195 pág.

ISBN: 84-609-7722-6.

### Feminismo

#### **La Madeja (nº 0). Aborto.**

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2010. 64 pág.

ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 1). Migraciones.**

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2010. 64 pág.

ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 2). Cuerpos.**

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2011. 56 pág.

ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 3). Paisajes.**

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2012. 56 pág.

ISSN: 2171-9160.

#### **La Madeja (nº 4). Amores.**

Publicación periódica feminista.

VV. AA., 2013. 56 pág.

ISSN: 2171-9160.

### Cuentos

#### **Cosas que sucedieron (o no)**

Miguel Ángel García Argüez, José María

Gómez Valero, David Eloy Rodríguez

y Amelia Celaya, 2013. 48 pág.

ISBN: 978-84-939633-3-0.

#### **Este loco mundo. 17 cuentos**

Miguel Ángel García Argüez, José María

Gómez Valero, David Eloy Rodríguez

y Amelia Celaya, 2010. 72 pág.

ISBN: 978-84-614-0083-6.

### Fuera de colección

#### **De la poesía**

T. S. Norio, 2012

(coedición con Libros de la Herida).

496 páginas.

ISBN: 978-84-939633-2-3.

